



ORTEGA

Privilegio de donacion de Alfonso el Magno y su esposa Jimena, á la catedral de Oviedo.  
25 de Noviembre de 1849.

TOMO VII. 31



## ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

### ALFONSO EL MAGNO.

Corrian los años de 348 de la era vulgar cuando la reina de Asturias, *Munia Domna*, ó sea doña Nuña en lenguaje moderno, esposa de Ordoño I, dió á luz en la ciudad de Oviedo á su hijo primogénito. Impúsose al recién nacido infante el nombre de *Alfonso* que había distinguido ya gloriosamente á dos célebres reyes asturianos, y al que, según los frecuentes ejemplos que nos muestran las crónicas españolas parece había vinculado el cielo, el valor, la piedad, y todas las dotes que constituyen un héroe y un gran monarca. El tercero de los Alfonsos, no fué en efecto, menos digno de la celebridad que alcanzó, que sus predecesores *el Católico* y *el Casto* y la historia le confirmó el renombre de *Magno* que no por adulación, y si por sus altos hechos le dieran sus vasallos. Su luengo reinado es un complicadísimo tejido de guerras, de conquistas y rebeliones que se reproducían sin cesar por la índole de la belicosa y turbulenta nobleza de aquel tiempo, que envanecida con su poderío, valor y riquezas, no guardaba respeto á una corona de que disponía á su placer.

Muy niño era Alfonso cuando en 863 fué elegido y jurado por sucesor en el trono á instancias del rey su padre, y al fallecimiento de éste, ocurrido tres años después, aquel que se hallaba fuera de la corte, acudió allí aceleradamente llamado por los próceres y obispos, y el 6 de mayo de 866 fué coronado con todas las solemnes ceremonias que en tales casos usaban los antiguos godos, á la sazón que cumpliera apenas la edad de 18 años. (1)

Resonaban aun las aclamaciones populares que celebraban el advenimiento de Alfonso III al trono de sus abuelos, cuando su pariente *Fruela*, conde de Galicia, poderoso en riquezas y alianzas, se declaró su competidor, y secundado por los magnates de aquel país, siempre rivales de los de Asturias, se hizo proclamar rey. Dirigióse Fruela al frente de numerosa hueste á la ciudad real de Oviedo, y logró apoderarse de ella y del alcázar, en tanto que el monarca legítimo corría á refugiarse, como en otro tiempo Alfonso el Casto, á la tierra de *Alava*. Allí protegido por los *jaonas* ó señores que le permanecieran fieles, y también por Rodrigo, el primer conde de Castilla que menciona la historia, que contuvo la rebelión que amenazaba invadir su peque-

ño condado; vivió Alfonso algún tiempo retirado en uno de los castillos que Ordoño su padre edificara en aquel territorio, que era por entonces el lindero de los cristianos y de los moros.

Las oscuras y descarnadas crónicas de la época á que nos referimos, no describen detalladamente los hechos del intruso Fruela, al que apellidan tirano (1) durante su mando, y solo nos instruyen de que los ciudadanos y el senado de Oviedo, exasperados por sus demasías y crueldades, le dieron muerte en su propio palacio y restituyeron la corona á Alfonso, que recibido con señaladas muestras de alegría y entusiasmo en su capital, tomó desde luego las riendas del gobierno cuando discurria el año de 867.

Imitando el nuevo rey á su buen padre y antecesor, se ocupó desde los principios en la restauración de las antiguas ciudades y fortalezas, derruidas y asoladas por el furor de las continuas guerras, siendo *Sublancia* y *Cea* las primeras que merecieron sus cuidados y le dieron una nueva existencia.

Un año pasara apenas, según puede colegirse de los escritores contemporáneos, desde la vuelta de Alfonso á Oviedo, cuando hubo este de marchar contra los mismos vascones ó alaveses que le habían dado asilo, pues siempre inquietos y mal avenidos con la dominación de los reyes de Asturias, intentaban con repetidas sediciones desentenderse de ella, y formar un estado independiente. Trasladaremos aquí algunas palabras de la crónica de Sampiro. «Vino, dice, un aviso de tierra de Alava de que sus habitantes se habían rebelado contra el rey, el cual así que lo oyó, resolvió marchar allá. Espantados aquellos con su presencia, arrepentidos, y reconociendo su deber, se humillaron á Alfonso prometiéndole fidelidad y obediencia. Alava quedó reducida á su señorío y *Gilon*, su conde, cargado de cadenas fué conducido á Oviedo á una oscura prisión, donde acabó sus días.» El rey confió entonces el gobierno de Alava en lugar de Gilon á uno de sus principales cortesanos llamado *Vigila* ó *Vela Jimenez*. Si ha de darse crédito á las tradiciones vascogadas no sirvió de escarmiento el castigo impuesto al rebelde conde alavés, pues según aquellas, apenas se ausentaron los soldados asturianos cuando los habitantes de Vizcaya, provincia á la sazón comprendida en Alava, se congregaron bajo el célebre árbol de Guernica y declarándose en rebeldía contra Alfonso, nombraron por su *jaona* á uno de sus compatriotas llamado *Zuria* (2). El rey para ahogar esta nueva sublevación despachó á Odoario, caudillo valeroso, con numerosas fuerzas, que encontró á los sediciosos en la aldea de *Padura*, no muy lejos del sitio donde se edificó largo tiempo después la villa de Bilbao. Empeñóse allí un sangriento y porfiado combate, pero el ejército real fué completamente destruido, y Odoario y un gefe vascogado llamado *Sanco Estiquir Ortunio*, quedaron entre los muertos. En memoria de aquel señalado su-

(1) «La cronología de este rey es muy enredosa y difícil para los que no tienen noticia de la razón que tuvieron los notarios de privilegios, y los historiadores, para la variedad que se nota en ellos acerca de los años de su reinado. Pero se desvanece toda esta oscuridad con solo advertir que unos cuentan los cuatro años que reinó junto con su padre, y otros ponen la época de su reinado en el día que comenzó á gobernar solo. En esta conformidad es cierto que don Alonso entró á reinar, teniendo de edad 14 años, como aseguran Sampiro, el arzobispo don Rodrigo y el Tudense; y es igualmente verdadero que sucedió á su padre en el año 43 de su edad, como testifica el cronicón albedense, escrito en 895, que era también el 43 del reinado de don Alfonso que empezó en 866 en 6 de mayo.» (Risco. Continuación de la España sagrada, t. XXXVII.

(1) «Et non post multo tempore ipso Froilane tiranno et infans rege á fidelibus nostri principis oveto interfecto idem gloriosus puer ex Castella revertitur».

Cronicón de Albelda.

(2) Los escritores castellanos le llaman *el señor Blanco*.



ceso el lugar de Padura tomó el nombre de *Arriogorriaga*, que en la lengua del país significa *pedregal encarnado*, aludiendo a la mucha sangre que allí se vertiera. Añádese también que ocupado Alfonso III en otras guerras no cuidó de vengar esta derrota, y que de entonces data la pretendida independencia de Vizcaya. Mas la notable circunstancia de no encontrarse documento histórico de ninguna especie, que confirme lo que de esta segunda rebelión vascongada acabamos de escribir, hace que sea mirada como una fábula por los mejores críticos.

Desembarazado Alfonso por entonces de las discordias civiles, ansiaba ocasión de engrandecer el nombre español empleando su invicta espada contra los sarracenos, cuando estos mismos vinieron a ofrécersela, el año 868, que era el tercero de su reinado. Gobernaba a la sazón el emirato de Córdoba Mohamed, hijo del famoso perseguidor de los cristianos cordobeses. Abd-el-Rahman II, y dispuso una expedición marítima contra Galicia a las órdenes de un almirante llamado Abd-el-Hamid-ben-Ganim. Navegó la escuadra al principio felizmente, pero acometida en la desembocadura del Miño por una furiosa tempestad, naufragaron todos los bagajes que la componían, salvándose únicamente Abd-el-Hamid con algunos pocos, que eludiendo mil riesgos lograron llegar a Córdoba por tierra. Avisado el rey de Asturias de los intentos del emir, quiso anticipársele tomando la ofensiva, y atravesando al efecto el Duero, se hizo dueño de Salamanca, y cercó a Coria. Los *wa-lies* ó gobernadores moros de la frontera, para distraer las fuerzas cristianas, y salvar aquellas dos ciudades, se internaron por los estados de Alfonso y se apoderaron de un rico botín de cautivos y ganados. Retirábanse ya con su presa, cuando de improviso se vieron por dos veces acometidos y derrotados cerca de la ciudad de Leon y en el Vierzo (1) por el rey Magno, que regresó a Asturias seguido de multitud de prisioneros y otros muchos trofeos de esta su primera y gloriosa campaña.

Las tierras de Vasconia que lindaban con el Pirineo, y que ya comenzaban a llamarse *Navarra*, formaban en aquel tiempo un condado que en 824 había sacudido el yugo de los reyes de Francia, derrotando las tropas de Luis el Benigno. Gobernaba aquel nuevo estado en la época que vamos historizando, un conde soberano llamado *García Garcés*, hijo del célebre *Iñigo Arista*, y deseoso el rey de Asturias de robustecer por todos los medios el poderio cristiano, ajustó con él una solemne alianza, y obtuvo como prenda de seguridad la mano de su hija, que según consta por instrumentos contemporáneos, se llamó primero *Amelina* y después *Jimena* (2). De este matrimonio nacieron García, Ordoño, y Fruela, que en adelante fueron reyes, Gonzalo que obtuvo un arcedianato en la catedral de Oviedo, y otro infante llamado *Ranimiro*.

Poco tiempo después del casamiento de Alfonso y según se conjetura, el quinto año de su reinado, se alzaron contra él sus cuatro hermanos, pero pagaron bien cara su temeridad. El cronista Sampiro describe este grave suceso con su sencillez acostumbrada en estos términos: «El hermano del rey nombrado Froila, según refieren, convencido de conspirador contra la vida de aquel, huyó a Castilla, pero el señor rey Alfonso con la ayuda de Dios, le prendió y mandó quitar los ojos, como también a sus hermanos Nuño, Veremundo y Odoario.» Esta terrible pena autorizada por las leyes y costumbres de la época, no fué bastante a sujetar a aquellos

infantes desleales, pues Veremundo logró huir de la prisión, y secundado por sus partidarios y por los moros, se declaró rey independiente en Astorga, y se sostuvo allí no menos que siete años.

Alfonso el Magno se complacía como ya hemos indicado en reparar las poblaciones y los edificios antiguos, y en fundar otros nuevos de pública utilidad, en los momentos de reposo que le dejaban la guerra y las revueltas intestinas. Según el espíritu dominante de aquellos siglos, le merecían la preferencia los consagrados al culto, así erigió en 872 en la ciudad de Compostela el monasterio de San Martín y el colegio de San Feliú, que tenía por objeto servir de asilo a los sacerdotes ancianos ó pobres. También fundó Alfonso por este tiempo el famoso monasterio de Sahagún, y se reedificaron y aumentaron, por orden suya, las antiguas ciudades de Orense y Sencia. Esta última tomó desde entonces el nombre arábigo de Zamora, que significa *pedra turquesa*, por las muchas de este género que se encontraban en su término.

La guerra entre Asturias y Córdoba se renovó en 873 y fué muy desventajosa para los árabes, según confesión de sus mismas historias. «El-Mondhir, hijo del emir Mohamed, dicen aquellas, hizo una entrada por la tierra de Galicia (1) y combatió allí con éxito vario. Al atravesar el río de Sahagún se empeñó una encarnizada batalla, y multitud de valientes naturales de Córdoba, de Sevilla, de Mérida y de Toledo murieron allí. No obstante, El-Mondhir permaneció casi todo el año en aquella frontera señalándose con prodigiosas hazañas, pues siendo el pueblo de Galicia el mas salvaje y belicoso de toda la cristiandad, no pasaba día en que no tuvieran lugar reñidos combates. (2)»

Algun tiempo antes de la época á que llegamos se había derribado, por disposición del rey, la basilica de Santiago, fabricada pobremente en el reinado de Alfonso el Casto, con la mira de reconstruirla con mas suntuosidad y magnificencia. Acabadas, pues, estas obras a principios de 874, despachó aquel a Roma dos presbíteros llamados *Svero* y *Desiderio*, para solicitar del pontífice Juan VIII el permiso de solemnizar con un concilio la consagración de la nueva iglesia del apóstol. Al mismo tiempo esta religiosa legación llevaba por objeto conseguir que la catedral de Oviedo fuese elevada a la dignidad de metropolitana, pues Alfonso deseaba acrecentar por todos los medios el lustre de su patria, noble capital a la sazón de la España cristiana. Accedió el papa a una y otra petición, y envió con los embajadores asturianos uno suyo, que tenía por nombre *Reinardo*, que era portador de dos breves ó cartas dirigidas a Alfonso. Hé aquí los principales párrafos de la primera.

«Juan, obispo, siervo de los siervos de Dios, a nuestro amado hijo Alfonso, rey glorioso de las Galicias. Habiendo recibido vuestras cartas, porque conocimos que sois devoto para con nuestra santa iglesia, os manifestamos nuestro agradecimiento, y rogamos a Dios que acreciente vuestro reino, y os conceda victoria sobre vuestros enemigos».....

.....«Haced que la nueva iglesia de Santiago apóstol, sea consagrada por los obispos españoles, y con ellos celebrad concilio».....

.....«Os ruego también, hijo carísimo, enviéis a nuestra presencia algunos cautivos sarracenos con sus armas y caballos de los llamados *alfaraces*, para que recibidos por nos, demos a Dios alabanzas, y a vos las gracias, etc.»

En la segunda carta se leía lo siguiente:

«Juan, obispo, siervo de los siervos de Dios, al cris-

(1). Ferreras: Sinopsis de la historia de España. Conde: Historia de los árabes.

(2). Véase Sampiro. La opinión de varios historiadores de que pertenecía esta señora a la familia real francesa, está victoriosamente refutada por los modernos.

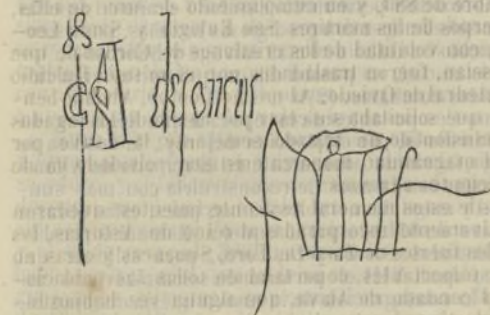
(1) Así solían denominar los árabes a todos los estados del rey de Oviedo.

(2) Conde.



tianísimo rey Alfonso, y á los venerables obispos y abades y ortodoxos cristianos... Por tanto, habiendo tenido noticias vuestras por estos hermanos Severo y Desiderio, presbíteros, que llegaron á visitar la iglesia de los Apóstoles, etc.... Y siempre que quisiéreis, hijo carísimo, enviar hasta nos vuestros legados desde las últimas regiones de Galicia, de la cual Dios despues de nos os hizo dueño, serán por nos recibidos benévola-mente y como hijos vuestros; y á la iglesia del Salvador de Oviedo, que á vuestra instancia hacemos metropolitana, mandamos que todos vosotros seais sujetos, etc.»

En cumplimiento, pues, de los deseos del rey y de la autorizacion pontificia, se reunió en 876 un concilio en Santiago, compuesto de catorce obispos, algunos de las ciudades ya restauradas, y otros de las que permanecian en poder de los moros. Consagraron estos prelados, con desusada solemnidad, el renovado templo un lunes 7 de mayo, dedicando el altar mayor al Salvador y otros tres, á San Pedro, San Pablo y San Juan Evangelista, y tambien otra iglesia situada en un monte cercano á la que dieron la advocacion de San Sebastian. Alfonso el Magno, con ocasion de tan augustas ceremonias, hizo una donacion á la iglesia de Compostela, en la que es-tendia á seis millas el territorio de la misma que hasta entonces no era sino de tres en derredor del sepulcro del apóstol, concedido cuando su descubrimiento en tiempo de Alfonso el Casto. En el mismo año, firmó otro privi-



FAC-SIMILE DE LA FIRMA DE ALFONSO EL MAGNO.

legio en que somete á la jurisdiccion de la catedral de Compostela, la iglesia de Tineo, que habia pertenecido hasta entonces al patrimonio particular de los reyes de Asturias, desde los tiempos de Pelayo. (1) Al año siguiente reunió Alfonso córtés y concilio en Oviedo, compuesto de los mismos obispos, que celebraran el de Compostela. En el se declaró metropolitana la iglesia ovetense, y se nombró por arzobispo á un sacerdote dignísimo nombrado *Hermenegildo*. Se procedió tambien á la eleccion de *arcedianos* que debian reunir sinodos dos veces en cada año, y visitar frecuentemente las parroquias y monasterios. Finalmente, dispuso el concilio que los prelados que seguian á la corte, y que carecian de diócesis, que ascendian á 16, sirviesen de vicarios al nuevo metropolitano, y que fueran sustentados por este, señalándoles al efecto á cada uno una parroquia. De este acuerdo procedió que á Oviedo se diese el nombre de *Ciudad de los obispos* que se lee en varias historias. El rey, la reina, sus hijos y los próceres, asis-

tieron á uno y otro concilio, siguiendo la antigua cos-tumbre goda.

Los moros entretanto, suponiendo al monarca cris-tiano olvidado de la guerra y distraido solamente en prácticas piadosas, dispusieron, á pesar de la gran se- quia que reinaba en Andalucía en aquel año de 877, una entrada en Galicia dirigida por El-Mondhir. Alfonso, que al primer aviso de esta invasion corriera desde Oviedo al encuentro de aquel caudillo, lo rechazó, y obligó á abandonar precipitadamente las tierras cristia-nas. No bastó este triunfo al belicoso rey de Asturias, pues penetrando á su vez en las de sus enemigos se apoderó por fuerza de armas, del castillo de Deza, y de las ciudades de Atienza, Coimbra, Braga, Oporto, Au-ca, Emina, Viseo (1), Lamego, y otros puntos de la frontera, todos los que restauró é hizo poblar de cristia-nos (2). Por ultimo, arrasó Alfonso todo el pais com-prendido desde Mérida hasta el mar, y dió muerte á muchos de sus habitantes. Entre otros moros de gran valia que en esta gloriosísima expedicion quedaron cau-tivos, se contaba el que era á la sazón *hadjeb* ó primer ministro del emir, llamado *Abul-Walid*, que se señalara entre los suyos por sus proezas militares. El rey de Oviedo, á pesar de las ventajas que podrian resullarle de la retencion de un prisionero de tal importancia, le dió desde luego libertad, aunque conservó en rehenes á su hijo Abul-Kasem.

El-Mondhir, que permanecia siempre guardando la raya de Galicia, cercó á Zamora cuando era ya entra-do el año de 879, y Alfonso hubo de marchar acelerada-mente en auxilio de aquella plaza. Al llegar con sus tropas á la aldea de Polboraria, situada en la ribera del Orbigo, se encontró con un considerable ejército sarra-ceno que tenia por gefe á un esforzado guerrero que nombraban Ebn-Ganim. El combate que allí se empe-ñó y en el que los cristianos alcanzaron la mas señala-da victoria, fué uno de los mas sangrientos de aquella época de continuas guerras, pues quedaron en el cam-po hasta 12,000 sarracenos. Los historiadores suyos atribuyen esta terrible derrota, que no pueden menos de confesar, al terror que un eclipse total de luna infun-dió en los soldados de Ebn-Ganim. En tanto El-Mondhir, que con numerosas fuerzas se dirigia sobre el castillo de Sublancia, al saber el mismo dia de la batalla de Or-bigo el desgraciado suceso de sus hermanos, y que el vencedor iba en su busca, retrocedió precipitadamente haciendo una larga jornada durante la noche.

Los inmediatos resultados de estos grandes triunfos del rey de Asturias, fueron recobrar la ciudad de Astor-ga, obligando á su hermano Veremundo el ciego á huir y acogerse entre los moros sus aliados (3), y que estos solicitasen humildemente una tregua por medio de Abul-Walid, el mismo de quien antes dijimos fuera cautivo de los cristianos. Accedió Alfonso á estas paci-ficas proposiciones, y se firmó por ambas partes una sus-pension de armas que debia durar por tres años, los que empleó aquel en cercar de nuevos muros á la ciudad y catedral de Oviedo y en aumentar y tambien fortificar su palacio de aquella ciudad. Era el año de 881 cuando se terminaron estas construcciones casi al mismo tiem-po que la tregua, y el denodado rey, á quien impacienta-ba tan larga ociosidad, acometió de nuevo á los moros

(1) Al entrar los soldados de Alfonso en esta ciudad, encon-traron en una iglesia un sepulcro, que era el del infortunado rey Rodrigo, con la siguiente inscripcion:

*Hic Requiescit Rudericus ultimus Rex Gothorum.*

(2) Crónica de Albelda.

(3) «Cæcus vero ad sarracenos fugit; tum edo edonmit rex Astoricam.» (Sampiro).

(1) «Damos á la basilica del apóstol Santiago esta nuestra iglesia de Tineo, de la manera que nuestro tio don Alfonso de santa memoria, la recobró justamente por ser del patrimonio de su bis-abuelo don Pelayo, etc.» (Una copia de este privilegio, que se con-serva en la catedral de Santiago, puede leerse en Trelles, Asturias ilustrada, tomo I.)



entrando por sus tierras á la cabeza de una lucida y numerosa hueste. Apoderóse de paso de un pueblo llamado *Nepza*, atravesó el Guadiana á 10 millas de Mérida y llegó hasta el monte *Otífero*, uno de los que componen la elevada cordillera de Sierra-Morena. Allí consiguió Alfonso, como solía, una esclarecida victoria, dando muerte á 15,000 sarracenos pertenecientes á un cuerpo de tropas que intentó oponerle resistencia, y siguió su marcha triunfal por aquellas lejanas tierras, que hasta entonces no osaran pisar los cristianos, con lo que tornó á su capital cargado de laureles y riquísimos despojos.

Encendiéndose de nuevo la guerra al poco tiempo, no por parte del emir de Cordoba, sino por el *walid* ó gobernador de Toledo, llamado también Mohamed. Este, que habia sido hasta entonces, así como su padre *Lopia-ben-Muza*, amigo y aliado del rey asturiano, celoso de que éste hubiese confiado la educación de su segundo hijo don Ordoño, á Ismael y Fortun, *walies* de Zaragoza y Tudela, se coligó con el emir y le envió un refuerzo de tropas. Aumentado con estas el ejército del infatigable El-Mondhir, embistió aquel país recién conquistado que los cronistas cristianos llamaban ya *Castella* y los arabes *tierra de Alava ó de los castillos*, unos y otros en razon á las muchísimas fortalezas ó castillos que coronaban todas sus posiciones ventajosas, edificadas por Alfonso el Magno y por sus predecesores. Asaltó el caudillo sarraceno la de *Cellorico*; pero aunque perdió allí muchos de sus mas valientes guerreros, no logró poseerla de ella. No fueron mas felices los esfuerzos que hizo para tomar el fortísimo castillo de *Pontecurvo* (Pancorbo) que combatió vigorosamente por espacio de tres dias, y solamente pudo entrar El-Mondhir en la fortaleza goda, apellidada el *castillo de Sigerico* (Castro-Xeriz) porque incapaz de oponer una larga resistencia habia sido abandonada por su conde ó gobernador, que tenia por nombre *Nuño*. En tanto tenían lugar estos sucesos, se hallaba el rey en Leon, ciudad que por orden suya se estaba á la sazón reedificando y fortaleciendo con gruesas murallas. El-Mondhir creyéndolo desprevenido despachó contra él al ya mencionado Abul-Walid con razonable número de soldados; mas instruido éste de que Alfonso el Magno tenia reunido un ejército valiente y aguerrido y diviso sus avanzadas á cinco leguas de Leon, mudó de direccion, atravesó el rio *Esla*, incendió á su paso algunas aldeas y fortalezas, y se situó en observacion en el campo de *Alcopa* no lejos del *Orbigo* y de *Polvoraria*, lugar de tristes recuerdos para los moros. Pidió desde allí Abul-Walid, al rey por medio de un mensajero, portador de ricos presentes, la libertad de su hijo Abul-Kasem, que aun permanecía en rehenes, y le enviaba también para mas obligarle, dos musulmanes aliados de los cristianos que tenia prisioneros, que eran un hijo de Ismael-ben-Muza y otro pariente de este llamado Fortun-ben-Adhel. Alfonso tan generoso como valiente, no encontró dificultad en conceder la pretension del general árabe y le devolvió su hijo, y aquel reconocido á este beneficio se alejó del territorio cristiano.

Por este tiempo, un hermano del Mohamad wali de Toledo, de quien antes hemos hablado, que se llamaba Abdalá-ben-Lopia, se rebeló contra su señor el emir de Córdoba, y se declaró soberano de un estado que comprendia parte de Aragon y de Navarra. Para afirmarse en su nuevo reino, buscó Abdalá la alianza del monarca asturiano, que le concedió su amistad y su apoyo; pero aquel, siempre traidor y desleal, se unió al poco tiempo á los moros cordobeses para hacer la guerra á los cristianos. Indignado Alfonso justamente contra esta perfidia, ordenó á Diego Rodriguez, por sobrenombre Porcellos (1), que era á la sazón conde en

Castilla, y á Vela Jimenez, que aun lo era de Alava que la castigasen cual merecia. Entraron al efecto ambos condes por las tierras de Abdalá, y las talaron tan despiadadamente, que aquel pidió con humildad por repetidas veces, perdon de su alevosia al rey de Asturias, que aun irritado, rehusaba escucharle. El-Mondhir, entre tanto, utilizando la ausencia de Diego y Vela, acometió las poblaciones de Castilla y Alava, pero resolviendo aquellos sobre él, auxiliados del conde Nuño, le derrotaron completamente en los linderos de aquellas provincias, y le obligaron á retirarse. Corrióse El-Mondhir hacia la comarca de Leon, asoló el monasterio de Sabagun, y entró en el castillo de Sublancia, que habian desamparado sus moradores. Aunque al abrigo de sus fuertes muros, no se creyó en seguridad el hijo del emir, y no osando aguardar al inclito Alfonso el Magno, que parecia haber atado á su espada la victoria, se retiró á los estados de su padre, dejando en la frontera á Abul-Walid con muy escasas fuerzas, no ya para continuar una guerra sangrienta, y siempre funesta para los musulimes, sino para que negociase la paz á toda costa. Despues de reiteradas instancias, convino por fin en esta propuesta el rey de Oviedo, y en el mes de setiembre envió por su legado á Córdoba á un presbítero de la ciudad de Toledo (1) llamado Dulcidio, con cartas suyas para Mohamed, en las que se expresaban las condiciones del tratado. Discutidas estas detenidamente en la corte musulmana, se firmaron por fin en diciembre de 883, y en cumplimiento de una de ellas, los cuerpos de los mártires San Eulogio y Santa Leocricia, con voluntad de los cristianos de Córdoba, que los poseian, fueron trasladados por el mismo Dulcidio á la catedral de Oviedo. Al mismo tiempo, Abdalá-ben-Lopia, que solicitaba sin cesar por medio de los legados la conclusion de un tratado semejante, la obtuvo por fin del magnánimo monarca cristiano, olvidado ya de sus recientes agravios.

Desde estos memorables acontecimientos quedaron definitivamente incorporadas al reino de Asturias, las ciudades fuertes de Zamora, Toro, Simancas y otras no menos importantes, como tambien todas las poblaciones del condado de Alava, que alguna vez habian logrado dominar los sarracenos.

El año 884 deseando Alfonso aumentar los castillos de la frontera de los moros, encargó al conde Diego Rodriguez Porcellos, que aun gobernaba la mayor parte de aquel país, la fundacion de una gran ciudad y fortaleza que sirviese de antemural contra las algaradas de aquellos (2). Esta es la que con el nombre de Burgos fué despues tan célebre en España. Tambien edificó y pobló el mismo conde por aquella parte la villa de Uvierna.

No eran solo aquellos estados, teatro continuo de la guerra con los sarracenos, los que merecian la solicitud y cuidados del invicto Alfonso, pues con el objeto de resguardar las costas de Asturias de las correrías de los piratas normandos, se alzaban en esta provincia al mismo tiempo que la futura capital de Castilla, varias fortalezas. La principal de estas era el famoso castillo de *Gauzon*, que era tambien palacio de recreo y que fué fabricado sobre altas peñas á la orilla del mar, y en aquella comarca, cerca de Gijón, que aun conserva su nombre. Dentro de sus robustos muros erigió el rey

(1) «Ipse vero Abuhalit dum in terminis legionensis fuit, verba plura pro pace regi nostro direxit. Pro quo etiam et rex noster legatum nomine Dulcidium, Toletani urbis presbiterum cum epistolis ad cordobensem regem direxit setembrio mense.» (Crónica de Albelda.)

(2) Sub era DCCCCXXII popularit Burgos Didacus Comes per mandatum regis Alfonsi.

(Cronicon Burgense.)

(1) Créese era originado por haber nacido el conde en el lugar de *Porcelis*.



una iglesia con la advocación del Salvador, que fué consagrada por los obispos Sisenando de Iria-Flavia, Nauto de Coimbra y Recaredo de Lugo. Del mismo año ya citado de 884, data la fundación de los castillos de Gordon, Alba, Luna, Arbolio, Boides y Cultrocies (1). Estos últimos eran como el de Gauzon, palacios fortificados.

Al tiempo de verificarse estas útiles y suntuosas fábricas se fraguaba en Galicia una conspiración, dirigida por un magnate llamado *Hano*, que tenía por objeto asesinar al rey, mas descubierta oportunamente, fué aquel castigado con la pena de los traidores, perdiendo la vista, la libertad, y la hacienda, que fué adjudicada por Alfonso á la catedral de Santiago; *Hermenegildo*, otro rebelde que al año siguiente de 885 se levantó también en Galicia, y su esposa *Hiberia*, que después de su muerte continuara al frente de los sublevados, fueron también castigados con la pérdida de sus haberes, que contribuyeron á aumentar las cuantiosas rentas de la referida basilica.

El año de 886 falleció el anciano Mohamed, emir de Córdoba (2), y le sucedió su hijo El-Mondhir de quien tantas veces hemos hablado, pero ocupó el trono poco tiempo, pues en 888 murió en una batalla que presentara á los parciales del rebelde Hafsum, y obtuvo el emirato su hermano Abdalá. Durante el reinado de los dos hijos de Mohamed, no se interrumpió la paz estipulada en 881, y un suceso que sobrevino por entonces, estrechó mas los lazos amistosos que unían á Córdoba y Asturias. Un general moro de la noble alcurnia de los Onmiades nombrado Amed-Abul-Khasem partidario de Hafsum, y que dominaba las ciudades de Toledo y Talavera y sus territorios, reunió un ejército de 60,000 hombres, y puso sitio á Zamora, habiendo saqueado antes cuantos pueblos encontró á su paso, así cristianos como de los que obedecían al emir. Tan inesperada acometida derramó la alarma entre los leoneses y castellanos que habitaban la frontera, pero los *caides* que gobernaban los territorios cercanos escribieron al rey para decirle, que tan injusta infracción de los tratados solemnes que mediaban entre ambas naciones, no era causada por los vasallos leales del emir, sino por unos miserables rebeldes tan enemigos de Córdoba como de los cristianos. También escribió á Alfonso el osado caudillo de Hafsum una carta redactada en estilo altamente ridículo y fanfarrón, que contenía la insolente demanda de que él y sus súbditos se convirtiesen á la religión de Islam, y le prestasen vasallage, y amenazándole en caso de no hacerlo con desposeerle de sus estados, y hacerle morir afrentosamente (3). «El serenísimo rey Alfonso, seguido de sus valientes que formaban un magno ejército» como dice Sampiro, corrió en socorro de Zamora, y bajo sus muros trabó una reñida batalla, que duró cuatro días consecutivos. La victoria quedó por los cristianos, y entre los moros muertos, que ascendían á muchos miles, se contaban el caudillo Abul-Khasem, y su hermano Abd-el-Rahaman, wali de Tortosa. Los vencedores imitando la feroz costumbre de los árabes, cortaron la cabeza á los cadáveres, y las colgaron como trofeo en las almenas de la ciudad. A pesar del terror que tan sangrienta jornada infundió en todos los musulimes españoles, el emir Abdalá envió á Asturias en calidad de embajador al wali de Lisboa, con la misión de disculparse con Alfonso de las trope-

lias de Abul-Khasem, felicitarle por su último triunfo sobre este rebelde, é invitarle á formar una alianza ofensiva y defensiva. Aceptó desde luego el rey de Oviedo, y aun se obligó á instancias del legado cordobés, á emplear sus victoriosas armas en combatir la rebelión de Hafsum que continuaba con el mayor vigor. Antes de cumplir Alfonso esta última promesa, hubo de verse de nuevo obligado á castigar á los indómitos habitantes de Galicia, que en 890 se alzaron contra él acaudillados por Witiza, procer de alcurnia goda. Duró esta sublevación mas tiempo que las otras anteriores del mismo país, y fué necesario los esfuerzos de un numeroso ejército para sofocarla. Witiza fué preso, y otro faccioso llamado *Sarracino* que con su muger *Sandina* se rebelara también, sufrió la misma suerte.

El año de 903 se ocupó el monarca cristiano en adornar con varios edificios á su predilecta ciudad de Zamora, y aumentar sus fortificaciones, en tanto que por órden suya, el infante don García reparaba á Toro. También fué suntuosamente restaurado el monasterio de Sahagun en 905, y en este mismo año hizo Alfonso donación de su castillo de Gauzon, á la catedral de Oviedo. (1)

Con objeto de llevar á cabo la estipulación antes mencionada, se dirigió el rey cristiano en 907 con su ejército á Toledo que estaba en poder de los Hafsum; pero conociendo aquel lo costoso y difícil que le seria hacerse dueño de tan fortificada plaza, se contentó con exigir á sus defensores una gruesa suma y dió vuelta á Asturias. Antes de abandonar el territorio de los enemigos tomó por asalto é hizo arrasar el castillo de Quincia-Luzbel, siendo los soldados que le guarnecían, los unos pasados á cuchillo, y otros reducidos á la condición de esclavos. *Adamnino*, uno de estos, y que fuera destinado á la servidumbre del rey, quiso en Carrion vengar á sus compañeros dando muerte á su amo y vencedor, pero fué descubierto cuando iba á ejecutar su intento y ajusticiado con todos sus hijos. (2)

Por esta época queriendo el rey Magno consignar un recuerdo al célebre Pelayo y hacer al mismo tiempo una piadosa ofrenda á la catedral de Oviedo, tuvo el feliz pensamiento de hacer engastar en oro y cubrir de rica pedrería la antigua cruz de roble que el libertador llevaba por bandera, y que se guardaba en la iglesia de Santa Cruz de Cangas. Para esto hizo el rey trasladar aquel memorable trofeo de las glorias españolas, al castillo de Gauzon, en que por entonces residía, y dispuso que á su presencia se procediese á su adorno. Aseméjase algun tanto en su forma esta famosa cruz á las antiguas encomiendas de Calatrava, y tiene de longitud como cuatro pies y los brazos dos y medio (3). Las planchas de oro que envuelven la primitiva, están enriquecidas con multitud de piedras y labores muy bellas, que hicieron decir al cronista Ambrosio de Morales hablando de esta cruz, «que era la joya mas rica que en aquel tiempo habia en España.» En el respaldo se leen cuatro inscripciones latinas, formadas por letras sobrepuestas, que son casi iguales á las que ostenta la cruz denominada *de los Angeles*, que dió Alfonso el Casto á la misma catedral de Oviedo; su sentido es el siguiente:

# I.

Sea plácidamente recibido este don que en honor del Señor ofrecieron el siervo de Cristo, Alfonso, y la reina Jimena.

(1) Hoy Contruñeces, cerca de Gijón.  
(2) Contaba al morir 94 años, tuvo de sus diversas esposas hasta 100 hijos y le sobrevivieron 55. Fué amante de los sabios, protector de la religión y las ciencias, y aventajado poeta. Su muerte ocurrió el 4 de agosto.  
(3) Conde.

(1) La copia de esta donación, puede verse en Risco, continuación de la España sagrada, tom. XXXVII.

(2) Sampiro.

(3) Puede verse copiada en la biografía de don Pelayo, inserta en el Museo del mes de noviembre del año pasado de 1843.



## II.

Sobre el que presumiera apoderarse de estos nuestros dones, sea fulminado el rayo divino.

## III.

Con este signo es defendido el piadoso. Con este signo es vencido el enemigo.

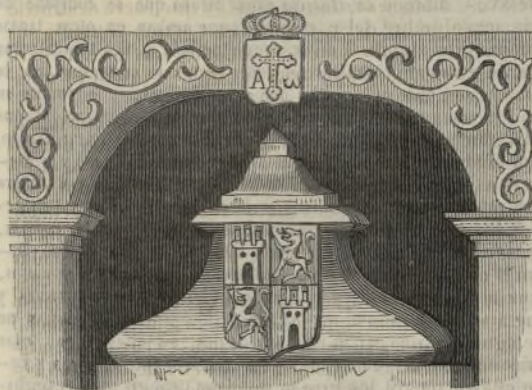
## IV.

Acabada y perfeccionada esta obra fué entregada á la sede ovetense de San Salvador. Hizose en el castillo Gauzon el año 42 de nuestro reinado, corriendo la era de 948.

El rey Magno imitando como en otras cosas, al esclarecido Alfonso el Casto, tomó por divisa la figura de esta cruz de la victoria, así como aquel lo hiciera con la de los Angeles, y la hizo esculpir sobre la entrada principal de su palacio con esta leyenda truncada:

Signum salutis pone Domine in domibus istis et non permitas ...

Lo que falta á la anterior inscripci6n se leía, también rodeando la cruz mencionada, en el sepulcro de



SEPULCRO DE ALFONSO EL MAGNO Y DE SU ESPOSA JIMENA, COPIADO DEL NATURAL.

Alfonso, que él mismo se hizo fabricar por aquel tiempo en el pante6n real de Oviedo y decia así:

Introire angelum percutientem.

Ambos fragmentos reunidos se ven aun hoy en una lápida que con la repetida insignia de la cruz se fijó en la fortaleza que Alfonso edificaba á la saz6n para reforzar las defensas de la ciudad real. He aquí lo que espresan en castellano:

Pon, Señor, en estas casas el signo de la salud y no permitas entre en ellas el ángel prevaricador.

El mismo año de 908 en que se adornó la cruz de a victoria, hizo Alfonso donaci6n á la catedral de Ovie-

do del ameno sitio real denominado Santa Maria de Naurancio, compuesto de palacio, termas y jardines.

Lo que hasta aquí llevamos referido de los sucesos del grande Alfonso es sobradísimo para que podamos sin temor calificarle de esforzado, piadoso, restaurador y magnánimo, mas aun nos faltaba revelar que era también digno del renombre de erudito, cualidad tan rara entre los principes de su siglo. En efecto, Alfonso III nos ha legado con su pluma un recuerdo no menos apreciable que los de su espada vencedora, en el excelente cr6nicon en que trazó la historia de sus predecesores, y que alcanza hasta el reinado de don Ordoño, su padre. La circunstancia de haber dedicado el monarca historiador esta notable producci6n á Sebastian, obispo de Salamanca, hizo á algunos escritores modernos atribuir inconsideradamente á este prelado el honor de ser su redactor.

Cuando el glorioso nombre del Rey Magno era el terror de sus enemigos y el objeto de la veneraci6n de sus vasallos, y cuando debia aquel reposar sobre los laureles de tantas victorias, su propia familia le suscitó una nueva guerra que vino á llenar de amargura sus últimos días. Rebelóse contra su padre el primogénito infante don García, en ocasi6n que se hallaba en Zamora, y ayudado por su suegro Nuño Fernandez, uno de los condes de Castilla, intentó arrebatar la corona que tan dignamente brillaba en las sienes de Alfonso. Mas empuñando éste su terrible acero, recobró en el instante la referida ciudad, y el desnaturalizado hijo fué encerrado en una torre del castillo de Gauzon. Este castigo demasiado suave para tan gravísimo crimen, lejos de apagar el incendio de la guerra civil, le añadió materiales nuevos. La reina Jimena dando ejemplo de la mas inesperada deslealtad, se puso al frente de aquella inaudita sedici6n, y secundada por los otros infantes Ordoño, Fruela, Gonzalo el arcadi6n y Ranimiro, hizo la guerra al rey su esposo para obligarle á ceder su trono á don García. Acudió también á Asturias el conde Nuño Fernandez con fuerzas considerables, y la terrible discordia desol6 el reino cristiano por espacio de dos años, durante los que se hicieron dueños los rebeldes de los castillos de Alva, Luna, Gordon, Arbolio, y Cultrocies. Conociendo entonces el gran rey las calamidades que iban á llover sobre sus amados súbditos, en caso de prolongar por mas tiempo aquella lucha doméstica, y con objeto de evitar el derramamiento de una sangre que no podia menos de serle aun querida, reunió inesperadamente el año de 909 en córtés á los obispos y próceres en el palacio de Boides, y abdicó solemnemente la corona en sus tres hijos mayores.

A García, que aun permanecia preso, le fueron donadas todas las tierras que se conquistaran allende los puertos, que desde entonces y no antes tomaron el nombre de reino de Leon, por ser esta ciudad la mas principal de aquella comarca, y la designada para córtés del nuevo rey. La Galicia y la parte de Lusitania que poseian los cristianos formaron el dominio de Ordoño, y finalmente, Fruela obtuvo el señorío de las Asturias; Gonzalo, aunque cómplice en la rebeli6n de sus hermanos, permaneci6 simple arcadi6n, y Ranimiro, que era el mas jóven, aunque no obtuvo estados, tal vez por su corta edad, usó solamente como título de honor del dictado de rey. (1)

Reservóse Alfonso el Magno de todos sus estados, únicamente la ciudad de Zamora, que le era querida por haberla reedificado y por haber sido teatro de uno de sus grandes triunfos; pero antes de fijar en ella su residencia, marchó en romería á Santiago. De vuelta

(1) Así consta de una donaci6n hecha por el mismo Ranimiro á la catedral de Oviedo en 926, y que tenemos á la vista.



de este piadoso viage, se detuvo algun tanto en Astorga, y llegando á su noticia en aquella ciudad que el rey Garcia aprestaba un ejército contra los moros de la parcialidad de Hafsum, solicitó y obtuvo Alfonso de su hijo, el permiso de mandarlo y combatir todavía una vez antes de morir con los enemigos de Cristo. En esta postrera campaña no desamparó la fortuna al antiguo monarca, pues habiendo talado los campos y arrasado las poblaciones enemigas, se retiró vencedor á Zamora, donde murió poco despues el 19 de diciembre de 910 á los sesenta y dos años de su edad, y cuarenta y cuatro de un esclarecido reinado.

El cadáver de Alfonso fué conducido á la catedral de Astorga, de donde algun tiempo despues se trasladó con el de su esposa al sepulcro, que como ya dijimos, se hiciera él mismo construir en el panteon real de Oviedo. En él reposaron ambos consortes hasta principios del siglo pasado que fueron á ocupar una nueva urna churrigueresca, igual á las otras que entonces se fabricaron para contener los restos de los demas reyes de Asturias. Un pequeño escudo de armas que ostenta la noble enseña de la cruz de la victoria, es la única señal que indica al curioso observador, la que pertenece al heroico principe, cuyos principales sucesos acabamos de bosquejar.

#### ADICION A LA BIOGRAFIA DE ALFONSO EL MAGNO.

Los hijos que Alfonso tuvo en su esposa Jimena fueron nueve: Garcia, Ordoño, Fruela, Gonzalo, Bermudo, Ranimiro, Sancha y otras dos hijas cuyos nombres se ignoran. Los tres primeros fueron reyes sucesivamente, Gonzalo arcediano de Oviedo, Ranimiro gobernó á Asturias y usó tambien del dictado de rey, aunque vasallo de sus hermanos. Sancha casó con Conrado duque de Suebia.

Cuando Alfonso el Magno cercó de nuevos muros la ciudad de Oviedo, y fortificó la catedral, hizo colocar una inscripcion en una larga lápida de piedra, que hoy incrustada en la pared interior de la iglesia, y al lado de la entrada de la capilla del rey Casto, se conserva intacta, y cuya traduccion, segun el historiador de Asturias Carballo, es la siguiente.

«En nombre de nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo, y de su gloriosa virgen y madre Maria y los doce apóstoles, y los mas mártires, en cuyo honor fué edificado este templo, en este lugar de Oviedo, antiguamente por el rey Alfonso, despues de su muerte hasta ahora, sucediéndole en el reino el rey del mismo nombre, Alfonso, cuarto de su prosapia, hijo del rey Ordoño, de dichosa memoria, mandó que fuese edificada esta fortificacion, con su muger Jimena y dos hijos, para seguridad de la defensa del tesoro del palacio de

esta santa iglesia, para permanecer sin daño recatándose (lo que Dios no quiera) que no se pierda alguna cosa, entrando los infieles, como suelen andar en corso con su ejército de piratas, en esta obra que así ofrezco á la misma iglesia le dure para siempre.»

N. C. DE CAUNEDO.

NOTA. El grabado que va por cabeza del anterior artículo es fiel traslado de una bella miniatura que se vé en un privilegio de donacion de Alfonso el Magno á la iglesia catedral de Oviedo, que data de la era 954 ó sea año de 896. Ocupan la parte superior el rey y la reina, que sentados en una especie de escaño largo, y bajo un sencillo pabellon, entregan al obispo Gomelo, que ocupa el mismo asiento, el pergamino escrito que contiene el *testamento* ó sea donacion. Al lado del obispo se ve en pie un diácono con un gran libro abierto, y muy cerca de la reina su principal camarera (*cubicularia*) que tiene en la mano un objeto que no nos atrevemos á traducir, y que será tal vez un abanico formado de ojas. Debajo de las cinco figuras mencionadas, hay otras tantas que representan al *armigero* ó escudero del rey, con la lanza y el escudo de su amo, dos guardias armados de espadas y rodela; otro diácono que sostiene un libro pequeño y cerrado; y finalmente, otra camarera, que empuña tambien un objeto parecido al de la primera. El rey viste un traje magnifico y algun tanto complicado, que parece constar principalmente de dos largas túnicas; la interior que es de color rosa, se deja de ver por ser la otra abierta de arriba abajo. Esta es de tela de plata con una rica orla de pedreria, y con mangas anchas. Lleva tambien don Alfonso una capa ó manto de mucho vuelo, de color verde orlada de oro, y presa en el hombro derecho con un broche del mismo metal. Finalmente empuña con la mano izquierda, un largo cetro cuya caña es de plata, y el remate, que es en forma de flor de lis, de oro, y cubre su cabeza una gran corona que se compone de un círculo del que salen tres puntas que acaban en otras tantas perlas. El vestido de la reina, consta tambien de dos túnicas: una verde, y otra azul, que parecen tener el mismo corte que las de su esposo. Cubre sus espaldas una capa carmesí, y envuelve su cabeza una muy cumplida toca. Tambien lleva un adorno al que el P. Florez en sus reinos católicos da el nombre de *caramiello*, que segun el mismo nos dice, se formaba de lienzo fino, y se asemejaba á un plato cóncavo. El traje del prelado tambien difiere bastante del de estos tiempos, pues lleva sobre el *alba* y *tunicella* una especie de casulla estrechamente ancha por la espalda, y muy corta por delante; y encima de esta, un rico adorno formado de unas bandas de oro, enriquecidas con piedras preciosas, que le rodean el cuello y los hombros. Los diáconos, guardias y camareras llevan solamente una túnica luenga hasta los pies, y no se distinguen sino por su toca, las damas, los elerigos por estar afeitados y mostrar su corona, y los guerreros por la barba y cabellera crecida. El armigero se distingue tambien por sus anchisimas mangas que van atadas para que no arrastren. El fac-simile de la firma de Alfonso el Magno que insertamos, está sacado del mismo privilegio en que está la descrita miniatura.

N. C. DE CAUNEDO.







PALACIO EPISCOPAL DE LIEJA.



## CRÍMENES CÉLEBRES.

### LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.

(CONCLUSION).

Su aposento estaba, como se vé muy á menudo, en el interior del convento, y las religiosas venian á verla y hablaban con ella. Entre estas religiosas habia una novicia de una estremada belleza, pero que manifestaba una profunda tristeza; la marquesa la habló con mucha dulzura, y logró obtener su confianza. ¡Ay! su historia era corta, pero interesante; habia perdido á su madre siendo aun muy jóven, y su padre no queria mas que á su hijo, el que debia enriquecerse con el patrimonio de la jóven religiosa.

En su consecuencia, esta pobre niña fué espulsada de la casa paterna y colocada en un convento, donde seis meses despues debia tomar definitivamente el velo.

Refiriendo la jóven la historia de su vida, esta jóven desheredada, no solamente de su fortuna, sino de su poca riqueza, y aun de este mundo, manifestaba una completa resignacion. Sin embargo, se advertia en su palidez, en el abatimiento de sus ojos, que padecia insomnios, y que su triste existencia anunciaba una muerte prematura á la que la infortunada llamaba su salvacion.

La marquesa de Brinvilliers la escuchó con la atencion mas profunda, y cuando hubo terminado su interesante relacion.

—No desespere vd., dijo á la novicia. Ruegue vd. al Señor y quien sabe si la desgracia de vd. se convertirá en felicidad?

La religiosa movió tristemente la cabeza.

—Si, si, prosiguió la marquesa; no dude vd. que algun dia disfrutará de un gran contento.

La marquesa salió de su retiro, y como los espíritus malélicos que vienen á la tierra para destruir y para matar, lanzó á lo lejos su mirada sangrienta para indicar el sello de muerte..... Sabe un dia que una persona á quien buscaba está en Paris.... Entonces abandona sus otras victimas para dedicarse á esta última condenada, y sin duda recibirá la muerte en medio de un festejo. La marquesa se hace presentar en casa de este hombre, y al momento su imaginacion y su bonita cara le someten por un filtro tan peligroso como el de sus venenos. Pocos dias despues mueren este hombre y su hijo.

Estos eran el padre..... y el hermano de la jóven religiosa.

Esta salió del convento y no supo nunca á que precio obtenia su libertad.

La existencia de su diario auténtico y reconocido por ella misma durante el proceso, es una de las cosas mas admirables de la vida de esta muger. Errante y proscripta, juzgada y condenada á muerte por contumacia, pero pudiendo ser prendida como el suceso lo ha probado cómo pudo ser tan poco previsora y prudente al mismo tiempo? Por otra parte ella habia dejado el mundo y buscado la soledad de un convento, se habia encerrado en él bajo nombre supuesto; habia cambiado de gustos, de costumbres, renunciando á to-

do cuanto podia agradarle, y al mismo tiempo forjaba un documento irrecusable para hacerse condenar con mas justicia que con la que lo habia sido algunas semanas antes. ¿Cómo conciliar tanta prudencia y tanta locura? Durante el curso del proceso mostró la misma singular preocupacion.

En tanto que Desgrais estaba en el convento para apoderarse de sus papeles, la marquesa que no podia desconocer que era la muerte la que iba á hallar en Paris, procuró salvarse, mas no escogió los medios para ello.... no pudo ni aun emplear el mas poderoso de todos, el soborno. Salió para dar un paseo y no llevaba consigo ni dinero ni alhajas..... Quiso seducir á uno de sus guardas con el donativo de un diamante que llevaba en un dedo, y le confió una carta para un tal Theria habitante de Lieja. ... Esta carta escrita solamente con lapiz y muy de prisa encargaba al señor de Theria que buscara medios de robar á la marquesa, y ademas de pasar al convento, coger los papeles que existiesen allí, recomendándole especialmente arrojase al fuego uno que se intitulaba, *mi confesion*..... El arquero tomó el diamante y la carta prometiendo ser fiel mensajero, pero el tal era de aquella raza de gendarmes que vemos hoy poco favorables á los presos, y en su consecuencia se gu. rdió el diamante y entregó la carta á Desgrais..... Este fué un documento mas contra la acusada..... Otra prueba bien fuerte, fué tambien la tentativa de este mismo Theria en Maestrich. Informado por el rumor público del arresto de la marquesa, corrió á su lado y ofreció mil pistolas á los arqueros para que la dejaran escapar.... Cuando la marquesa llegó á Rocroi fué interrogada por un consejero de la Gran Cámara que habia sido enviado con este objeto. *Ella lo negó todo*. En Paris fué puesta en la Consergeria; este era un proceso muy grave para el parlamento, que tuvo siempre un grande espíritu de corporacion: la marquesa escribió á muchas personas, que á nuestro entender no estaban muy satisfechas de semejante correspondencia; una de ellas era necesario que fuese victima, y la voz pública decia que esto no seria mas que justicia. Este era monsieur Penautier, agente general del clero, cuyo individuo comprometido por la suscripcion de muchos papeles dejados por Santa Cruz, acabó de inspirar grandes sospechas por la carta de la marquesa.

«Yo no he confesado nada, le escribia ella..... Buscad medios para salvarme.»

Mr. Penautier fué preso y presentado en careo con la marquesa: al instante que se vieron lloraron..... ¿y por qué? ¿Por qué seres de esta naturaleza lloran?.... Las lagrimas son casi siempre el resultado de un movimiento del corazon.... ¿qué movimiento dulce pudo provocarlas?

La marquesa declaró que Penautier era inocente; pero la inocencia de un amigo de Santa Cruz, certificada por Mad. de Brinvilliers, tenia necesidad de ser averiguada de una manera mas cierta.... Asi lo pensaron los jueces, y Penautier volvió á su prision á pesar de su título clerical.

Los testigos que se citaron en este proceso fueron poco numerosos. Eran, digámoslo asi, gentes que querian *hablar por hablar*, y por eso sus palabras fueron hasta impropias de la gravedad de semejante causa: La



marquesa, viendo que las confesiones de Lachaussée, y sus propios escritos eran pruebas que no tenían réplica; cesó en fin de negar así como lo había hecho desde su llegada á París; el aparato del tormento fué lo que la determinó.

El día en que debía recibirle, distinguió al entrar en la sala de las torturas tres calderas de agua estremadamente grandes.

—Seguramente serán para ahogarme, dijo, pues la estatura que tengo no manifiesta que yo beba todo esto.

Todo lo confesó, y hasta muchos crímenes aun desconocidos.... Era un espantoso monstruo: tuvo luego una conversacion de cerca de una hora con el procurador general; mas el asunto de esta conversacion jamás fué conocido.

Quando la leyeron la sentencia de muerte se manifestó menos turbada que ante el aparato del tormento, y sabó que le volviesen á leer la sentencia.

—Eso no es nada, dijo sonriendo.

La condenaron á ser quemada despues de cortarle la cabeza, mas esto no la atormentaba demasiado, y fué sentenciada á ser quemada viva.

Intentó muchas veces matarse y no lo pudo conseguir, pues no había podido conservar la mas mínima parte de lo que tan libremente daba á los otros, y lo que hubiera deseado obtener á precio de oro en aquella ocasion, para evitar la horrorosa presencia del verdugo.... de un pueblo deseoso de emociones, y ávido de la sangre de un monstruo. Además, la muerte en fin, acaso como castigo tardío, pero justo, se presentaba á sus ojos con toda su fealdad, y al mismo tiempo aprendía á saber lo que es una larga agonía.

El doctor de Sorbona Pirot era su confesor; y la asistió en sus últimos momentos, el cual aseguraba que durante las últimas veinte y cuatro horas de su vida fué admirable en el arrepentimiento, y *tan alumbrada por la divina Gracia*, dice Mr. Pirot, *que hubiera deseado estar yo en su lugar.*

Esta exagerada palabra haría quizá dudar de lo demás, si no nos consolase creer en el arrepentimiento de un monstruo.

Pidió la comunión y se la negaron.

Pidió un pedazo de pan bendito y se lo negaron.... El mariscal de Marillac en semejante circunstancia lo había recibido.... el mariscal era su pariente; pero siendo menos culpable que ella, fué tratado con menos severidad. La marquesa quedó menos sorprendida que aliñida, y continuó mostrando un profundo arrepentimiento. Es necesario que recordemos aquí, que el deber de un historiador es el de no adulterar los hechos, sino referirlos con toda su sencillez.

La marquesa conservó mucho tiempo esperanzas de libertarse del suplicio, pues contaba con la amistad de su amigo Penautier, y con toda la magistratura que veía en ella una criminal infame; mas también era hija de un magistrado respetado, y sus hermanos habían ostentado las flores de lis. El padre de Mad. de Brinvilliers era presidente del tribunal de cuentas, y por lo tanto existía allí una especie de alianza y aun de parentesco, y la humillación de la marquesa parecía ser común á cada miembro del parlamento. Fué pues solicitada su perdon y hasta con interés sumo; pero Luis XIV se manifestó inexorable, y el 16 de julio de 1676 fué el momento fijado para su ejecución.

El amigo que le quedó mas fiel fué su marido.... que no la abandonó en sus últimos instantes.... La había querido con un amor apasionado, pues jamás se borra del alma la impresion de un profundo sentimiento.

El 16 de julio á las 6 de la tarde, la marquesa de Brinvilliers, vestida con una túnica grosera y con su

cirio en la mano fué conducida á la iglesia de Nuestra Señora para rogar.... en seguida la tendieron sobre la paja del chirrion que la había llevado, y fué conducida á la plaza de Greve. A un lado iba su confesor, y al otro el verdugo.... Los balcones y las ventanas estaban llenos de gente, y en la plaza de Greve, el puente de Nuestra Señora, cubierto entonces de casas, y en todas las calles por donde pasaba el cortejo, era grande la multitud y esta se agrupaba curiosa en derredor de la criminal... Esta multitud, que casi chocaba con el chirrion, no atrajo ni la atención ni el resentimiento de la sentenciada; esta sabía que daba á París un espectáculo extraordinario, pues ese pueblo corre á ver cortar la cabeza de un hombre, como el pueblo romano corría al circo á ver á un león despedazar á una pantera.... Pero cuando observó en los balcones de algunas casas mugeres de la corte con las cuales había tenido amistad, un rubor de indignación coloró un momento sus mejillas.

—¡Oh! verdaderamente es un hermoso espectáculo, ¿no es verdad, amigas? dijo á estas curiosas, mirándolas con una indignación mezclada de desprecio...

Mad. de Seigné era una de estas curiosas.

Caminando hacia la plaza de Greve, la marquesa pareció experimentar un sentimiento penoso; se agitaba á menudo, y salían de su boca palabras sin consecuencia ni trabazón... Últimamente se inclinó hacia su confesor, y le rogó que pusieran al verdugo delante de ella:

—Pues no puedo, decía, soportar la vista de este Desgrais.

El confesor la dijo que aquel no era Desgrais.

—¡Ah! Dios mío, respondió; perdonadme; pero no quiero mirar á ese hombre.

«En fin, dice Mad. Seigné, subió al patíbulo con bastante valor, sola y con los pies desnudos. El verdugo hizo su deber.... Al día siguiente se buscaban sus huesos porque el pueblo decía que aquella muger era una santa....»

Después que el ejecutor hizo su oficio, su cuerpo fué lanzado á la hoguera y sus cenizas arrojadas al viento. Así pereció una muger que parecía no tener nada de humano.

De aquí provino una grave é importante cuestion que ocupó largo tiempo al parlamento, y fué la de saber si la marquesa de Brinvilliers había tenido otros cómplices además de Santa Cruz y Lachaussée. El rumor público en esta época fué que, en la conversacion que la marquesa había tenido con el procurador general, había revelado cosas de mucha importancia y sobre todo muy secretas. Un comisionado de Penautier llamado Belleguise, se salvó en país extranjero, y dicen que llevó consigo papeles que hubieran podido perder al procurador general. Sin embargo, se siguió mas tarde este negocio, mas el hilo estaba ya roto, y todo había vuelto á entrar en un misterioso silencio. En cuanto á Penautier no sufrió mas que una detención poco duradera. Todo el alto clero, á la cabeza del cual se hallaba el arzobispo de París, solicitó vivamente su libertad, y con efecto fué declarado libre.

El asunto de los venenos es un episodio que caracteriza de una manera singular y positiva el siglo de Luis XIV. Sobre esta escena de crímenes, la marquesa de Brinvilliers apareció primero como principal actriz, pero después tuvo dignos sucesores en una multitud de hombres y mugeres de la clase elevada. Los envenenamientos y hasta las prácticas mágicas, á las cuales se asociaban, se renovaron y esparcieron el espanto en el interior de las familias. Todos los días se veían caer nuevas víctimas de venganzas: en fin el rey estableció en el Arsenal la famosa cámara ardiente, que se constituyó el 11 de enero de 1680.



Catalina de las Haies, muger de Montroisin, y luego casi generalmente conocida bajo el nombre de la Voisin, fué despues de Mad. de Brinvilliers la envenenadora célebre de aquella época. Su conducta habia sido mas que ligera en su juventud, y mas tarde aspiró á otro género de celebridad; ó mas bien á un nuevo manantial de fortuna. Se ligó con una muger llamada la *Vigorosa*, un sacerdote llamado *Lesage* y algunos otros miserables. Esta espantosa asociacion que se reunia para dar la muerte, especulando con el ultimo suspiro, tuvo durante mucho tiempo una especie de impunidad; pues la Voisin vivia como señora de calidad, en París, donde la esterilidad es el todo; la vieron en una hermosa carroza, con un suizo á la puerta de su casa, sus criados ostentando una riquísima librea, sin que nadie procurase indagar de donde provenia esta fortuna. Tenia, pues, su manantial, lo que se ignoraba, en la *buenaventura* que decia la *Vigorosa* y los asociados de la Voisin; la reputacion de los mágicos se acrecentó; la Voisin reclamó entonces su parte de gloria, y dió á las mugeres de la corte, encantos y filtros, secretos mágicos, pero tambien venenos... y venenos terribles. Las muertes repentinas que se veian con frecuencia, hicieron sospechar que existian crímenes secretos. La cámara ardiente se estableció el 11 de enero, y el 23 del mismo mes, el conde de Bussy Rabutin escribia á Mr. de la Riviere.

«Gran novedad, señor: la cámara de venenos acaba de decretar la prision del mariscal de Luxemburgo, de la condesa de Soissons, del marqués de Alluge y de Madama de Polignac. El mariscal ha pasado á San German, y no habiendo podido ver al rey, ha ido á la Bastilla. Ha llegado el 24 del presente, el martes por la tarde: su secretario fué conducido á Vincennes dos dias antes.

«Se ha dado orden en Auvernia para que prendan á Mad. Polignac: tambien se ha mandado prender hoy á Mad. de Bouillon, á la princesa de Tigri, al mariscal de la Ferté y á Mad. de Roure.

«La condesa de Soissons ha sido acusada de haber envenenado á su marido; la marquesa de Alluge de haber envenenado á su suegro; la princesa de Tigri á niños nacidos en secreto; el mariscal de Luxemburgo, de haber envenenado á un cobrador de contribuciones en Flandes, que le habia dado dinero; Mad. de Polignac, de haber envenenado á un ayuda de cámara que poseia secretos importantes.»

El marqués de Louvois no queria á Mr. de Luxemburgo y lo probó en estas circunstancias; el mariscal fué encerrado en un calabozo de seis pies y medio de longitud, donde estuvo muy malo. La Reynia, intendente de policía de París, y presidente de la cámara ardiente sirvió muy bien al odio ministerial; las acusaciones hechas contra el duque de Luxemburgo por envenenador, podian encontrarse verdaderas, aunque hasta cierto punto se sospechaba que eran falsas; pero al fin podian encontrarse justificadas, porque siempre un hombre puede envenenar á otro, mas acusar á un duque y par, á un hombre del mérito de Mr. de Luxemburgo, de haber llamado en su auxilio al diablo, nos parece un absurdo.

Cuando le preguntaron si era verdad que habia tenido pacto con el diablo para hacer casar á su hijo con la hija del marqués de Louvois, respondió:

«Cuando Mateo de Montmorency se casó con una reina de Francia, no se dirigió al diablo, sino á los estados generales, que declararon que para dar un apoyo al rey menor, era precisa la alianza de los Montmorency.»

Y cuando el marqués se halló fuera de la prision, dos años despues dijo á sus amigos:

«Ganas tuve de responder al bribon de la Reynia,

que podia decir á su patron, que si yo habia llamado al diablo era mas bien para que mi hijo no se casara con su hija; pero tuve miedo que la Bastilla se volviese á abrir para mi.

Jamás hubo en Francia un rumor mas grande en el interior de las familias; todos temblaban, pues los lazos mas sagrados no parecian ya salvaguardias para la vida.

«No se habla aqui de otra cosa, escribia Mad. de Sevigné á su hija, en efecto no se ha visto nunca semejante escándalo en la corte de Francia.»

En fin, la comision ocupando el Arsenal para el asunto de los venenos, condenó al suplicio de la hoguera á la Voisin, como envenenadora y hechicera. Su fin merecia ser referido despues del de Mad. de Brinvilliers.

«La Voisin supo su sentencia dos dias antes de su ejecucion: ¡cosa muy extraordinaria! se chanceó con sus guardas, bebió y comió como un gendarme, cantó y llenó de terror á aquellas mismas personas que presenciaban semejante endurecimiento. El martes, negándose á confesar cosas importantes, sufrió el tormento ordinario y extraordinario; habia comido muy bien antes, y dormido ocho horas; esperiméntó un careo sobre el potro, con Mad. de Dreux, y Mad. Feleron.... Por la tarde cuando la llevaron á su prision, no podia andar, pidió la cena, comió con glotoneria, y bebió mucho.... La manifestaron el horror de semejante conducta; quisieron que pensara en la muerte, le hablaron de ella, y respondió que era muy fea; y que jamás le habian gustado las caras feas. Entonces se puso á cantar en tono de burla la *Salve*.... Esta muger presentaba un repugnante espectáculo, no encontrando otro refugio que la infinita indulgencia de un Dios siempre bueno, siempre clemente: nunca pudo ver á un sacerdote, y por último el jueves 22 de julio á las cinco de la tarde, fué puesta en el chirrion y conducida á la Greve: no queria bajar y se vieron obligados á sacarla de allí por fuerza, y cuando se puso de rodillas con el cirio en la mano no quiso rezar... echaba espumarajos y parecia ya presa del demonio. Ultimamente, al cabo de una hora fué preciso arrojarla sobre el chirrion para conducirla á la Greve: sus blasfemias hacian estremecer. Durante el tránsito desde Nuestra Señora á la Greve se vió un espectáculo odioso del cual se conmovió el pueblo que guardaba un silencio estúpido; ella se defendia y rechazaba con violencia el crucifijo que le presentaban... Al llegar á la Greve se acurrucó en el chirrion y fué menester como en Nuestra Señora, usar de la violencia para sacarla de allí. Al momento la pusieron sobre la hoguera donde la ataron con cadenas, pero ella forcejaba para libertarse con una fuerza infernal, blasfemando, gritando de tal modo que horrorizaba.... Cuando la cubrieron de paja se la quitó de encima por seis veces. En fin, el fuego se aumentó y no la vieron mas, pero se estuvieron escuchando sus gritos mucho tiempo.

¡Cuánto se afecta el alma despues de haber trazado la vida de estas mugeres!... ¡Cuántos vicios, cuántos crímenes se ocultan en los pliegues del corazón humano! Nos entristecemos al contemplar las miserias de que nos vemos rodeados.... Y sin embargo, de todos estos horrores, asesinatos, parricidios, casi desconocidos por su profundidad, se puede sacar una moral consoladora y verdadera, sobre todo en el interés de la civilizacion... Esta moral se halla en la gran diferencia que puede existir entre dos culpables. Esta diferencia se muestra solamente en la verdad en el instante de la muerte.... pero ¿no es ya un gran bien el arrepentimiento?... ¿no es un bautismo dado por la misericordia divina, una especie de penitencia de la palabra de Dios, que parece decir á un alma



arrepentida: «No estarás eternamente privada de mi vista.»

Al mismo tiempo que desecha al alma impia diciéndola:

«¡Vete, maldita! ¡Vete al fuego eterno!

Y quién, pues, ha dado este bien al alma arrepentida? Su educacion cristiana, su instruccion religiosa.

Entonces la palabra de la verdad, que le enseñaron en su edad temprana, y que los vicios habian mecido primeró, quedó aletargada en su prolongado sueño, mas esta palabra se despertó el dia ultimo del peligro del alma, que debia guardarla para salvarla de la perdicion eterna por un instante de arrepentimiento.

LA DUQUESA DE ABRANTES.

## ESPAÑA CABALLERESCA.

### SIBILA FORCIA,

MUEER DE PEDRO IV. DE ARAGON. (EL DEL PUÑAL).

1386.

I.

En una hermosa mañana del mes de marzo de 1380, volvía de las montañas de Montserrat, adonde habia ido á distraer sus penas en una cacería, el rey don Pedro el IV de Aragon, que á sus títulos de rey de este reino, de los de Valencia, de Cerdeña y de Córcega, reunia el de conde de Barcelona.

Fatales habian sido las primicias de su reinado, porque su carácter era duro y violento. Hijo rebelde de Alfonso IV, las pesadumbres que le causara abreviaron el término de la vida de su padre. Secuestró todas las rentas que la reina su madrastra disfrutaba en los estados de Aragon por la prodigalidad de Alfonso, arrebatándola ademas la ciudad de Játiva, que este le habia dado en señorío. Volvió despues sus armas contra su cuñado don Jaime, rey de Mallorca, cuyo trono le usurpó, y abolió el derecho de la Union en las famosas cortes de Zaragoza, rasgando con su puñal en presencia de aquella misma asamblea, el pergamino en que se contenian los fueros santos de aquel libre pais.

Aunque de avanzada edad de setenta años, se hallaba casado en segundas nupcias con Sibila Forcia, jóven hermosa, de una noble familia del Ampurdan, de quien habia tenido un hijo llamado Carlos, al cual aquella alma incontrastable y fuerte, amaba con la mayor ternura. Sibila, que habia sido madre á los quince años, apenas contaba ahora el doble de esta edad, pareciendo aun mucho mas jóven; brillaba en aquella época con todo el brillo de su hermosura, la que habian celebrado todos los trovadores del pais, y que era la admiracion de los pueblos de Cataluña y Francia.

Sibila era una delicada y fragil flor que se complacia en vivir en la soledad y el silencio, y que encerraba en su corazon grandes tesoros de amor, que no podia ciertamente inspirar un príncipe envejecido por la edad, y mas que por la edad, por las arrugas que habian impreso en su adusta frente las continuas guerras y los terribles sucesos y emociones de su agitadísima vida.

Acompañaba á don Pedro en su cacería una lucida comitiva, empero él se habia adelantado un poco con el conde de Tortosa, su hijo Carlos, el objeto de sus afeciones, y el conde de Palas, jóven que habia adoptado como hijo, de quien nunca se separaba, y á quien miraba con el mas tierno efecto en memoria de los grandes servicios que habia debido á su padre, pariente suyo

muerto en su defensa durante las guerras civiles. Meditaba el engrandecimiento de este jóven, á quien miraba como su propio hijo, y en quien tenia necesidad de depositar su afecto, porque el infante don Juan, heredero de la corona é hijo de su primer matrimonio, por una ley de espiacion providencial, se habia declarado contra él, habia levantado parciales, y amenazaba privarle del trono si antes no sucumbia como su padre Alfonso IV á los tormentos de la ingratitud filial.

Dirigiéndose al conde de Tortosa, y procurando dar á su aspecto, naturalmente serio y sombrío, un aire de amabilidad, le preguntó á quien destinaba la mano de su sobrina Leonor, que debia un dia heredar sus estados.

—Señor, contestó el conde, mi sobrina ha empeñado su fé con un jóven cuya eleccion no rechazareis; es el hijo de don Bernardo de Cabrera, uno de vuestros mejores generales, é iba á suplicaros muy pronto que dierais vuestro permiso para esta union que colma todos sus deseos.

—Esa eleccion no es buena para tu sobrina; el hijo de Cabrera es demasiado jóven, débil y adorado.

—Le ama con todo su corazon.

—No puede amarle, apenas tiene diez y ocho años, y no es el marido que la conviene.

—Señor, lo he meditado bien, y crea V. A. que es un partido muy conveniente.

—Para tí; no para mí, que soy tu soberano; replicó altivamente Pedro IV; yo sé mejor que tú y que ella lo que os conviene; el condado de Tortosa y la defensa de su plaza debe de reposar en manos fuertes que sepan bien guardarlos: ven acá, conde de Palas.

El jóven, interpelado tan bruscamente, palideció ti-tubeando un momento.

Continuó el rey.

—Tú no te aguardabas tan alta fortuna; te reservaba esta sorpresa. No temas, Palas, no, que la magnitud del beneficio cause dudas en su realizacion, tuyo será el condado de Tortosa.

—Señor, respondió el conde de Palas, no tengo expresiones con que agradecer á V. A. tanto honor, empero temo que la heredera de Tortosa...

—La heredera de Tortosa es mi vasalla; ya he dicho mi voluntad, interrumpió el rey.

—Temo, señor, dijo el conde de Tortosa, que esa niña no prefiera mejor renunciar á su condado.

—Si renuncia, enhorabuena, contestó el rey; el feudo pasará al pariente mas inmediato.

—Señor, contestó tímidamente el conde de Palas, ¿pensareis despojar á la huérfana, cuyo padre fué tan bueno y tan leal servidor vuestro? Ademas, señor, yo nunca podré amarla....

—¿Y porqué? preguntó el rey sorprendido: ¿no me has dicho ayer que tenias libre el corazon, que á ninguna amabas? De propósito te hice esa pregunta. ¡Ah Palas



¿Con que tú también, tú, mi hijo adoptivo, rehusas mi confianza y me engañas?

Marcóse una estraña espresion de amargura en la voz del anciano monarca al pronunciar estas palabras.

—Ayer me has mentido, continuó cada vez mas irritado, ó mientes hoy; de una manera ó de otra has incurrido en mi desgracia, y te haré sentir todo su peso.

Al ver tan irritado á Pedro el IV todos permanecieron inmóviles y silenciosos, aguardando la violenta esplosion de su terrible cólera. Palas con la frente baja apenas osaba alzar la vista ni pronunciar una palabra; empero su continente no tenia nada de tímido ni de humillado.

—Alejate de mi presencia, le dijo el rey, no vuelvas á parecer ante ella; otro tendrá el feudo, y se casará con la hermosa jóven.

El conde de Tortosa quiso pronunciar algunas palabras á media voz, pero fué interrumpido por el rey, quien con la mayor violencia le dijo:

—Yo soy amo y señor, y lo soy también tuyo, porque eres mi vasallo; á todos os haré cumplir con vuestro deber. ¿Quién será tan osado que se atreva á poner obstáculos á mi voluntad?

—Yo, señor, dijo el principe don Carlos, inclinándose respetuosamente ante su padre; yo me atreveré á suplicaros que perdonéis á Palas. Habeis repelido tantas veces que le amabais como un hijo, yo le amo como un hermano; es tan bueno, tan valiente caballero....

Al acento de aquella melodiosa voz que vibraba tan poderosamente en el corazon del anciano monarca, se ablandó su cólera, pero rugía sordamente en su pecho.

—No, contestó, no puedo, no quiero, se ha atrevido á contradecirme, empero Carlos ¿por qué me pides su gracia?

Don Carlos, inclinándose sobre su caballo, cogió la mano de su padre y la besó con el mas tierno cariño.

Triunfante el principe don Carlos se volvió á su amigo, á su hermano adoptivo Palas, y le dijo: da las gracias á mi padre que te devuelve su favor.

—Carlos, Carlos, dijo el rey sonriendo, mucho abusas de mi debilidad de padre; pero en fin, no te desmiento.

Adelantóse después con el conde de Tortosa, dejando muy atrás á su hijo y al conde de Palas, satisfechos todos de ver desvanecida la tempestad que se habia formado sobre sus cabezas.

Cuando el rey y el anciano conde se hallaban ya á bastante distancia para no ser oídos de nadie

—Cabalga á mi lado, dijo al conde, y hablemos familiarmente como en aquellos tiempos en que éramos jóvenes. Tengo pesares, mi buen conde, y necesitaba un amigo probado en quien desahogar mi corazon; á propósito te ha hecho el cielo venir á Barcelona, y bendigo la buena casualidad que me ha hecho encontrarte esta mañana cerca de Montserrat...

—No es casualidad, señor, sabia que debiais venir aquí. Además, en todas partes se hablaba de la cacería que habiais estado disponiendo.... El pueblo sabe siempre lo que van á hacer sus reyes....

—Lo sé, conde; pero hablame sin disfraz. ¿Qué decian?

—Nada que valga la pena; y os incomodariais....

—No por cierto. Dimelo; quiero saberlo.

—Decian que venis á estas cacerías, repetidas tan á menudo, para buscar una distraccion á los disgustos que teneis en vuestro palacio con la reina.

—Verdad es, conde. ¿Tú no te acuerdas del día en que nos separamos, y cuál fué el motivo? Yo lo tengo tan presente como si hubiera sido ayer, á pesar de ir trascurridos diez y seis años.

—Y yo, señor, respondió el conde, tengo muy buena memoria; pero no queria tocar el motivo de nuestra

querella.... Me acuerdo muy bien. Fué en Mallent, al volver de Zaragoza, en la guerra civil, cuando abolisteis el derecho de la union de los aragoneses, despues de haber corrido abundantemente la sangre, en que triunfaron los sublevados, y presentandoos como pretendiente en las córtes de Zaragoza para abolir el derecho de la Union, por el cual siempre que el rey quebrantaba sus fueros era el pueblo libre de elegir otro monarca, lograsteis que las córtes accediesen á vuestros deseos, y quisisteis romper materialmente lo que ya habiais conseguido hacer por la fuerza moral; cogisteis el pergamino de la Union, y al rasgarlo con vuestro puñal os heristeis la mano diciendo estas palabras: «Tal fuero, y fuero de poder elegir rey los vasallos, sangre de rey habia de costar;» accion que entusiasmó tanto á los aragoneses que os mandaron erigir una estatua en la sala de córtes, representandoos con el privilegio en una mano y el puñal en la otra; apellidandoos desde entonces don Pedro el del puñal; y en verdad, señor, que por la severidad con que han sido castigados vuestro hermano don Fernando, y otros de sus parciales, habeis hecho temible vuestro renombre. Me confiasteis también un día vuestro proyecto de casaros con la hermosa Sibila Forcia, la bella hija de los condes del Ampurdan; en vano hice todo lo posible por apartaros de esta alianza, que vuestra edad hacia desproporcionada. Estabais tan enamorado de la hermosa Sibila....

—Ah, conde, le interrumpió el rey con un profundo suspiro, lo estoy mas ahora que nunca; te lo aseguro, amo perdidamente á esa muger.... Lo que tú objetabas entonces era como hoy la desproporcion de nuestras edades; en efecto, yo estaba muy avanzado en la vida, y Sibila apenas contaba quince años. He aquí el origen de mis pesares hoy, y no la maldad de mi hermano, por quien tú tenias un odio ciego, y cuya muerte me acabas de echar en cara....

—Señor, es que aun cuando fué rebelde contra su soberano era de vuestra misma sangre, era vuestro hermano, y además, al morir él murieron tantos!....

—Conde, todos esos hechos tú los has visto con la poca talla de un simple noble, de un hidalgo; yo los miro desde la elevacion en que me ha colocado el cielo, y los veo de un modo diverso que tú; mi hermano don Fernando se rebeló contra mi, aspiraba á mi trono, y reunió parciales; debí vencerlos, y castigarlos.

—Si, replicó el conde con fuerza; pero ¿ignorais que entre los medios de vencer los hay de aquellos que repudian el honor y la religion, que son vergonzosos, criminales, abominables, y que....

—Dejemos eso, contestó el rey con impaciencia; no olvides que los reyes de la tierra son la imagen de Dios; y que blasfemar contra ellos es repetir esas vagas acusaciones, desnudas de pruebas....

—¿Y si yo las tuviera?

—Basta, replicó el rey; no me hagais arrepentirme del placer de haberte visto... Eres terco; pero con todos tus defectos eres mi amigo, y quiero que no volvamos á hablar mas de este capitulo; bastantes penas tengo, sin contar con la que acabo de declararte, con la que me preocupa mas, y esta data desde el día de mi segundo matrimonio. Yo idolatro á Sibila, empero ella no me ama; mientras que cada año añade un nuevo encanto á su hermosura, tan perfecta y tan celebrada que es el objeto de las trovas de los poetas de Cataluña y Francia, cada año añade también profundas arrugas que afean mi frente. Sin embargo, el corazon no envejece como el rostro; lejos de eso, mi pasión á Sibila aumenta cada día; antes ese amor se estrellaba contra su indiferencia, pero hoy creo que resiste hasta el odio que ella me tiene....

—¡Odio, aversion...! señor, no es posible.



—Tu amistad te engaña.  
—De ninguna manera. Vuestros ojos tienen el mismo fuego que antes; vuestra frente, cuando os sonreís llamándome vuestro buen amigo el conde de Tortosa, está tan lisa como cuando teniais treinta años.

—Tal vez; pero mis cabellos han encanecido.  
—Dan así mas dulzura á la espresion de vuestra noble fisonomía. Os lo digo con sinceridad; estais tal como el día que triunfasteis en Zaragoza de las cortes de la Union; no veo en vos ninguna diferencia; no hallo motivo para vuestro recelo; pero yo sabia una cosa secreta.....

—¿Qué cosa?  
—No me atreví á esplicárosla cuando os vi hace diez y seis años la última vez; me impusisteis un silencio tan absoluto.....

—Quiero saber qué cosa.....  
—Señor, ahora no tiene importancia ninguna.  
—No importa; dila, lo mando.  
—No es mas que para vos solo un secreto. Quiero hablar de que Sibila, antes que vos la viésteis y os prendáseis de ella, el conde del Ampurdan pensaba destinarla á vuestro hermano menor don Jaime.

—¿A mi hermano Jaime?  
—Sí, señor, se habian visto, se habian hablado.  
—¿Se amaban! contestó el rey muy conmovido. ¿Estás cierto de eso, conde? ¿Quién te lo ha contado?  
—Yo he sabido que se querian; pero era á la vista de su madre, de sus hermanos, honradamente, señor.  
—¿Pero estás seguro de que se amaban?  
—Solo puedo deciros que cuando Sibila abandonó el Ampurdan para venir á Barcelona á participar de vuestro lecho real, lloraba; podia ser por la separacion de sus padres.....

—No tengo duda, ama á otro, dijo el rey; has destrozado la veada que cubria mis ojos, y ese amor criminal que tenia á mi hermano, es el que me cierra el acceso al corazon de mi muger; he ahí la única causa de su tristeza habitual. Sin embargo, mi hermano hace años que está ausente, y parecia haberse amortiguado este terrible fuego; pero hace cuatro años que su recuerdo es mas vivo..... Ahora recuerdo tambien que varias veces sorprendí á mi hermano Jaime hablando con Sibila, con mucha animacion los dos, y que callaban en mi presencia. Yo entonces daba poca importancia á estos hechos. ¿Cómo he podido cegarme hasta este punto?

Calló el rey, y sumido en la mas profunda meditacion, continuó su camino.

## II.

De vuelta á su palacio el anciano monarca, se encerró en su camara agitando en su cabeza los medios de apoderarse de su hermano don Jaime, que se hallaba en Urgel, fiado en las treguas en que se habia visto precisado á consentir el rey en aquella época de tan frecuentes revueltas y perjuros.

Entró don Carlos, y su padre le habló de que pronto sería menester partir á la guerra, antes de espirar las treguas que habian dado un corto reposo á sus pueblos. Lamentóse con él de que tenia por adversarios á todos sus parientes, á su hermano don Jaime en Urgel, á su hijo primogénito en Gerona, y á su misma muger dentro de su palacio.

—Me detestan, dijo lleno de ira el rey, tanto como yo los aborrezco.

—No todos, contestó el joven Carlos, yo os garantizo al menos la amistad de vuestro hermano, de mi tío Jaime.

—¡Jaime! repitió el rey inflamados sus ojos de cólera,

desengáñate, Carlos, ese es el mas encarnizado enemigo de nuestra casa.

—No tal, padre mio, replicó el joven principe, Jaime es tan bueno, tan amable, tal vez ha tomado parte contra vos por ceder á los bandos en que está dividido el Aragon, pero se someterá á vos; yo le he visto hablar secretamente con mi madre en la mayor amistad.

—¿Tú lo has visto, Carlos? dijo el rey dominando su cólera.

—¡Oh! Muchas veces, y no creais que no fuesen sinceras sus palabras, le cogia la mano, alguna vez se la besaba.

—¿En tu presencia, Carlos?

—Fué un día en que yo entré sin anunciarme en el cuarto de mi madre que estaba sola con él.

En aquel momento el conde de Palas entró en la régia estancia. Don Pedro, furioso, maldijo en su interior aquella visita, que interrumpia una conversacion que tan poderosamente escitaba su atencion. Salíó don Carlos, y el rey paseándose agitado á grandes pasos por el salon dijo despues de un momento de silencio, que no se atrevió á interrumpir el conde Palas:

—Tenia proyecto de poner fin á las guerras interminables, que hace tantos años ensangrientan mis pueblos. Las treguas debian espirar dentro de un año. Esperaba que antes de este término mis rebeldes parientes me harian proposiciones de acomodamiento, y que todo se terminaria en paz... Hoy, Palas, he mudado de pensamiento. Quiero la guerra, y guerra á muerte con esos pérfidos enemigos, que aborrezco mas que nunca.... Esta mañana me has mentido, y no sé que confianza debo dar á tus informes sobre el objeto de mi continuo cuidado.

—Señor, respondió el conde de Palas, os he dicho la verdad. Me habiais encargado de velar sobre las acciones de mi reina, y mi asistencia continua en palacio me ponen en el caso de aseguráros, por la salvacion de mi alma, que doña Sibila corresponde á la fé que os ha jurado.

—Te creo; en sus acciones, pero sus pensamientos, Palas, sus pensamientos son solo para mí.

El conde bajó los ojos y permaneció mudo.

—Tú has visto, continuó el rey, su frio desden, y despues de cuatro años que vives con nosotros has podido observar su desvío. Despues de cuatro años, la fecha es notable, Palas.

—¡Notable! repitió el conde turbado, ¿y por qué?

—Yo ignoraba, conde, esta mañana la razon. Todo me lo han revelado. Conozco el objeto de su adúltera pasion.

—Señor, dijo casi desfalleciendo Palas, si la reina no ha podido resistir á un sentimiento de amor, os juro que al menos el que lo ha inspirado no lo ha pronunciado con su boca.

—Te engañas, interrumpió el rey con vehemencia, ha hecho esa confesion.

—Os han mentido.

—Te digo que sí, y que el infame besaba su mano...

—¿Quién lo ha dicho?

—Mi hijo, mi hijo Carlos los ha visto.

El conde Palas quedó inmóvil, pálido, confundido. Iba á venderse él mismo.

—No temas, dijo, mi venganza caerá sobre el execrable seductor, venganza terrible.... ¡Tú has podido ver, tú conoces al infame!

El conde Palas permanecia siempre como herido de un rayo.

—¡El infame, al que ama, es mi hermano Jaime!

—¡El principe don Jaime! contestó estupefacto Palas.

—¡El mismo! replicó apretando los dientes el rey. Se amaban antes de conocerla yo; ella tenia entonces quince años, él veinte. ¡Ah Palas! cuánto aborrezco á Jaime!



¡Pero está en Urgel! ¡vive Dios! que permanezca allí diez días, y mi venganza será completa. ¡Amigo Palas, escucha y compadece mis penas, porque sufro mucho, mucho! Algunas palabras de Carlos, cuyo sentido y estension no calculaba, me han revelado que fué testigo de una entrevista secreta con mi hermano y mi muger. Tú conoces que yo no puedo sondear al niño sobre esta conversacion que por acaso tuvo conmigo; tú podrias hacerle hablar y saber... gracias á vuestra intimidad. Hasta que aclare esta horrible duda, no gozaré un instante de reposo. Yo lo quiero, lo mando, Palas, no me repliques, y guarda en el fondo de tu corazon la confianza que te hago.

Apoyóse en el brazo del joven conde de Palas, y salió de su aposento el anciano monarca á dar las órdenes de aprestar una nueva campaña, con el corazon lleno de odio y destrozado de celos.

### III.

Mientras que don Pedro IV se abrasaba en celos de su hermano don Jaime, la hermosa Sibila no conservaba sino un vago y dulce recuerdo de sus antiguas relaciones con este principe aragonés. Cuando tenía quince años, y su padre propuso casarla con él, el corazon de la joven no se conmovió, su vanidad sola se lisongeó, porque el principe don Jaime era un hermoso caballero, de los mas apuestos y afamados de su edad, y digno por todos títulos de aspirar á la mano de una princesa real. El rey Pedro IV habia enviudado, y cuando con su frente calva y severa, su rostro curtido por los tiempos y cubierto de cicatrices, su barba espesa y cana, se habia presentado aspirando á su mano fué forzoso sonreír á su amor, y resignarse á entregarle su mano; partido que hubieran codiciado las hijas de los reyes mas poderosos; empero al que Sibila hubiera preferido cualquiera otro mas humilde siendo de su eleccion. Sibila no amaba tampoco al principe don Jaime; pensaba en un ser ideal que su joven y acalorada imaginacion habia concebido y embellecido á su placer con todas las perfecciones ideales. Coronada reina de Aragon, sus pensamientos no tuvieron tampoco ningun objeto determinado, eran como un culto secreto á un dios ignorado, cuya potencia oprimia su seno y cubria sus ojos con un velo de tristeza. Bien pronto las delicias de la maternidad dieron tregua á este tormento, y el padre de su hijo, del joven Carlos, ocupó mas lugar en sus pensamientos; empero un fuego ardiente se ocultaba en su corazon y la devoraba. Sus hermosas facciones encantaban las miradas de todos; la expresion melancólica de su rostro tenia un encanto irresistible.

Tal era Sibila Forcia cuando el rey don Pedro la presentó el conde de Palas, unido á él con vinculos, aunque lejanos, de familia, é hijo de uno de los mas valientes caballeros aragoneses, que habia muerto peleando por la causa de su soberano.

—Os presento al conde de Palas, dijo el rey á su esposa; amadle, señora, como á uno de nuestros deudos, como al hijo de uno de mis mejores amigos.

El conde de Palas quedó en éstas delante de la encantadora belleza de Sibila, como bajo la fascinacion de un encanto.

Al oír Sibila las palabras de su esposo, que le mandaba amar á aquel joven, echó una mirada sobre él, y encontró la mirada del joven inflamada respirando amor. Bajó los ojos turbada; empero ya no era tiempo; de los de Palas habia salido la chispa eléctrica que penetrando hasta el corazon de Sibila debia abrasarla con el ardiente fuego que ocultaba, y que ella misma ignoraba.

El conde de Palas estaba en todo el brillo de la ju-

ventud. Educado en medio de los campos, habia manifestado un valor, que probó en largas y sangrientas batallas, siendo tan robusto como ágil. El rey lo presentó á su corte, envaneciéndose al verle tan joven de que fuese ya el orgullo de su estirpe.

—Estoy contento de ti, le dijo; no me abandonarás, conde de Palas; para unirme mas estrechamente á nosotros te nombro mi mayordomo mayor. Esta eminente dignidad de nuestro palacio te hará que estés siempre cerca de mí, y de mi querido Carlos.

Desde este dia comenzó una nueva era en la vida de Sibila. Nada la advertia en efecto, que se defendiese de los sentimientos que producian en ella los elogios que á todos oía del joven conde, de aquel joven sobre quien su vista se detenía con placer, cuya imagen encantaba sus horas de soledad, que era el objeto de sus mas encantadores sueños, que era un pariente colocado bajo su proteccion, que era finalmente un huérfano á quien un deber sagrado le mandaba amar.

El alma leal del conde de Palas permaneció algun tiempo bajo el imperio de semejante alucinacion. Como Sibila, alimentó desde luego sin desconfianza la pasion que le subyugaba; pasion á la que daba tambien nombres puros y sagrados, y que debia influir tan poderosamente en todas las acciones de su vida.

Sibila en tanto para oponerse á su naciente pasion permanecía muchas veces retirada en su palacio; empero su retiro desesperaba al enamorado rey de Aragon, sin alarmar por eso sus celos, porque la conducta de Sibila, piadosa y timorata, era irreprochable; ningun hombre penetraba en su estancia, sino eran el conde, y su hijo el joven Carlos, y constantemente estaba ocupada en la oracion, ó en obras de manos.

La pasion, sin embargo, no era menor en uno que en otro; sus ojos se hablaban, y habian logrado comprenderse. Palas era mirado en el palacio como el hijo del rey; así es que nadie sospechaba el oculto fuego que ardía en sus corazones. Sibila habia encontrado el medio de regalar al joven conde una banda verde, que desde entonces usó constantemente este caballero, y la que el conde atribuíó á don de alguna dama de su corte ó de las provincias vecinas.

Todo se hallaba dispuesto para el ataque de Urgel. Carlos acababa de despedirse de su madre, para seguir á su padre en esta expedicion, cuando entró en la estancia de la reina Sibila el conde de Palas, pálido y temblando los labios.

—Necesito hablaros á nombre del rey; necesito hablaros sola.

La reina asombrada hizo una seña á sus damas para que se retirasen. En el momento que quedaron solos:

—Habladme, dijo Sibila al conde.

Era en el rigor del invierno; un gran fuego ardía en la inmensa chimenea que habia en la régia estancia. Arrancándose con violencia el conde de Palas la banda verde que ostentaba sobre su pecho la arrojó echando pedazos en medio de las llamas:

—Así hago con mis juramentos; llévelos el viento, y disípelos en los aires como vano humo. Me los habian arrancado con un engaño, y los rompo, adquiriendo mi libertad. Adios, señora, cesad de temer por mí, y no temais tampoco que aunque dueño de vuestro secreto, yo lo descubra, ese secreto que tanto os importaba ocultar, y que otro ha conocido. El rey está instruido de todo, y él mismo me lo ha dicho.

Saliendo entonces con pasos precipitados bajó al patio, antes que Sibila hubiese vuelto en sí del asombro que la causara tan extraño discurso. El conde de Palas saltó ligero sobre un hermoso alazan de Andalucia, su caballo de batalla, y se lanzó al galope en pos del rey, que acababa de salir del palacio.

El rey marchaba lentamente. En cada sitio en que



se detenía se engrosaba su comitiva con numerosos caballeros, que llamados por él acudían de todas partes, ansiosos de pelea, y cansados ya del año que habían durado las treguas.

Deseoso el rey de saber en toda su estension el secreto que ocasionaba su desgracia, uno de los días de marcha, separándose solo con el conde de Palas, le preguntó si había cumplido con su encargo.

—Señor, respondió el conde, don Carlos me ha contado lo mismo que a vos; yo no puedo, según el candor de sus respuestas, dudar de la sinceridad de sus palabras; empero todo deponen en favor de la inocencia de la reina; todo prueba evidentemente que el cobarde ha intentado deshonrar vuestra casa. Una gracia tengo que pedir á V. A., añadió el conde, abandonándose á toda la fogosidad de su carácter: concededme el favor de vengar vuestra injuria, ella es mia también. ¿No corre en mis venas vuestra misma sangre? Permitidme que yo cite al infante don Jaime al pie de las murallas de Urgel, y si se atreve á bajar y aceptar el combate á muerte, yo juro á Dios derribarle bien pronto por el polvo, oprimir con mis pies su garganta; y con la punta de mi daga en ella confesará su crimen, y morirá sabiendo que le inmoló al honor de vuestra casa ultrajada.

—No, conde, respondió el rey con aire sombrío; no morirá tan pronto, ni con tanto honor; quiero tenerle vivo en mi poder... Apoderarme de él... sí; eso colma mis pensamientos; y para lograrlos no quiero dejar á los sitiados ningún riesgo para que espongan su vida. Mi hermano es valiente, y sería uno de los primeros; cualquiera otro que yo podría matarle... ese hombre me pertenece, y... quiero te digo tenerle vivo.

En efecto, sorprendido don Jaime y las gentes de su bandería, que se hallaban en Urgel tranquilas y fidas en las treguas que debían durar un año, se hallaron de improviso con el ejército del rey á la vista. Cerraron alarmados las puertas de la ciudad, y aunque la plaza se hallaba desprovista de viveres, vigilaban constantemente temiendo el asalto; empero el rey se había propuesto una marcha distinta. Hizo cercar cuidadosamente todos los puntos por donde pudieran escaparse; rechazó obstinadamente la propuesta de que doce caballeros de los del bando de Urgel combatesen con otros doce de los suyos, remitiendo al éxito de esta lucha el resultado de la empresa; y se obstinó por último en aguardar á que el hambre y el cansancio le hicieran entregar la ciudad á discreción. Quince días permaneció firme al pié de las murallas de Urgel. En vano demandaban combate los sitiados; el sitiador fué inexorable; al fin tuvieron que entregarse, obligando el rey á los mismos sitiados á romper una parte de las murallas, haciendo una brecha por la que no cupiese más que uno de frente.

Don Jaime cayó, pues, en manos de su hermano el rey don Pedro; los deseos de éste se habían conseguido.

Los prisioneros iban saliendo por la estrecha brecha. El rey con los ojos fijos en la fortaleza, vió delante de él uno que con ánimo firme soportaba su infortunio. Joven y gallardo, con los ojos bajos, silencioso aguardaba su sentencia con fría resignación.

Pedro IV se estremeció de cólera; acaba de reconocer á su hermano el infante don Jaime.

—Conde de Palas, dijo volviéndose bruscamente hacia él; te confío la guarda de este prisionero; conducéle con buena escolta á Berga, en donde será encerrado. No pierdas de vista un solo instante la puerta de su prision hasta que yo venga en persona á relevarte en este puesto de confianza. Me responderás con tu cabeza del prisionero.

Quiso el infante hablar, pero el rey volvió la espalda no acordándose ya de los demás prisioneros, seguro

de que tenía en su poder al que era causa de haber emprendido esta expedición.

El conde de Palas marchó á cumplir su comision con el mayor placer, pues los celos que destrozaban su corazón eran tan terribles, tan punzantes como los que el infante don Jaime causaba á su hermano.

El rey de Aragon fué á visitar á su hermano en la prision de Berga. Terrible debió haber sido aquella conferencia que pasó sin testigos: solo se oyeron confusas voces que daban los dos hermanos, rivales en poder y en amor, al menos así lo creía el rey. Mas sereno pareció el rostro de éste al salir de la prision, y dió orden al conde de Palas para que dejase penetrar hasta la mansion de su hermano un religioso de la orden de San Francisco, que era confesor de su hermano don Jaime, y á la vez su médico, porque en aquellos tiempos los religiosos curaban á la vez los cuerpos y las almas; mirábanlos los reyes y los pueblos con la mayor consideración, porque en ellos se hallaban reunidos todos los conocimientos de aquella época, y á ellos se debía también que no fuese mas terrible la rudeza natural de las costumbres. Merced al religioso franciscano bien pronto don Jaime pudo comunicar libremente con cuantas personas quería en el exterior, siendo los mismos religiosos los mas seguros conductores de su correspondencia, por que en aquellas épocas de fé religiosa era mas respetado el hábito de un monge que la armadura de un guerrero.

#### IV.

Retrocedamos ahora un momento, al instante en que el conde de Palas, dispuesto á marchar al sitio de Urgel, entra en la estancia de Sibila, y persuadido del amor de esta por el infante don Jaime, arroja al fuego desesperado su banda verde, bordada por la misma reina, diciéndola que el rey instruido de todo le había revelado el secreto que tanto trataba de ocultar. Un extraño suceso debía aclarar su amor, é inutilizar las precauciones por tantos años tomadas para ocultarlo.

La reina Sibila acababa de recibir de la reina de Navarra, cartas en que se interesaba fuertemente por la libertad del infante don Jaime, á quien trataba de casar con una parienta inmediata suya. El mismo infante halló también medio de escribir directamente á la reina Sibila, la cual quiso entonces consultar lo que debía hacer en semejante situacion, valiéndose del mismo confesor de Pedro IV, religioso sumamente instruido y hombre superior que vivía retirado en un convento á pocas leguas de Barcelona.

A pesar del rigor de la estacion, un día muy de mañana, salió la reina como en peregrinacion á este convento, cosa que se verificaba con mucha frecuencia en aquella época. Llevaba poca comitiva, que dejó á la puerta de la iglesia, cuya campana tañía lugubramente el son de la agonía. En este convento había al mismo tiempo una enfermeria, porque los religiosos, que poseían también los conocimientos de la física, se dedicaban al cuidado y asistencia de los enfermos.

Al entrar la reina en una especie de capilla, vió tendido en tierra sobre una estera de paja, un hombre cubierto con un capuchon de San Francisco, teniendo un crucifijo entre las manos á la altura del pecho, por que en aquellos tiempos se ponía á los moribundos antes de espirar uno de los hábitos de los santos fundadores de las órdenes religiosas. El guardian del convento, de rodillas al lado del moribundo, é inclinado sobre él, recitaba la recomendacion que la iglesia ha establecido para el alma de los muertos. La reina sola era testigo de aquella funebre escena; el religioso que se hallaba á la puerta, encargado de prohibir la entrada



á todos, habiendo reconocido á su soberana, no osó de tenerla. Al verla el padre guardian la saludó:

—Señora, la dijo, ya sabeis nuestra desgracia.

—La sé, respondió la reina, y sin el grave motivo que me trae aquí, no turbaria el ejercicio de vuestro deber. Pero acabo de recibir un mensaje del hermano del rey, don Jaime, y nunca he tenido mas necesidad de vuestros consejos.

—¿Y que os dice, señora?

—Me revela la causa del odio personal del rey, mi marido; una causa, padre, tan estraña, tan poco fundada, que os sorprenderá. Lo peor es, que la reina de Navarra, me ruega por la libertad de don Jaime, porque tiene el proyecto de casarle con una de sus sobrinas. El rey debe llegar muy pronto á Barcelona, tal vez hoy mismo....

Admirado de esta comunicacion el guardian, hizo señal á la reina de que se aproximase adonde estaba, porque el moribundo le tenia asida fuertemente la mano, y mostrándosela con los ojos á la reina le hizo ver el impedimento que tenia para levantarse é ir á su lado.

—Yo me aproximaré, dijo la reina; no abandonéis á ese infeliz.

En aquel momento el moribundo se agitó violentamente.

—Es su última convulsion, dijo el guardian, no siente nada, empero la naturaleza combate aun, y aun me aprieta en este momento la mano con tal fuerza que al retirarla, el esfuerzo que hiciese para desasirme de él le privaria en el acto de la vida.

—Está bien, dijo la reina. Todos debemos acostumbrarnos al espectáculo de la muerte, y yo no soy mujer que me asuste. Escuchadme, porque los instantes son preciosos. El infante don Jaime me ha remitido por un religioso franciscano una carta en que me dice una cosa increíble: que mi trato secreto con el que fué amigo de mi infancia es un amor criminal. Vos mejor que nadie lo sabeis; cuantas veces yo le he escrito ha sido para reducirle á la obediencia de su hermano, y preparar su matrimonio con una infanta de Navarra, lo cual lisonjaba su ambicion y aseguraba su porvenir.

—Pero vos, señora, no teneis necesidad de justificáros.

—No; pero importa sobre todo el secreto de la negociacion del matrimonio del infante con una infanta de Navarra. Yo no puedo ademas solicitar la libertad de mi cuñado don Jaime, sin correr el riesgo de agravar sus desgracias. La reina de Navarra me insta diariamente, el mismo infante manda sus mensajes; todo se halla dispuesto para su matrimonio en Pamplona; empero el rey de Navarra no quiere dar la cara; y lo que yo os propongo, padre mio, es que uno de vosotros vaya al lado del rey y le disuada habilmente de la idea en que se empeña. Yo lo digo delante de Dios, y lo repito, sabeis que es la verdad, padre guardian, mi corazon no ha concebido el menor pesar por no haberse verificado la boda que tenian proyectada, primero que con el rey, con el infante don Jaime, porque yo jamás le amé.

En este instante el moribundo dejó escapar la mano del guardian, y exhaló un hondo suspiro.

—Entrega su alma á Dios, dijo el religioso; oremos por él.

La reina y el guardian permanecieron un momento de rodillas. Despues continuó la reina levantándose:

—Vuestro deber con este desgraciado está cumplido. Ahora compadeceos de mí, éid al encuentro del rey; pero guardaos de dejarle entrever nada del proyecto del matrimonio de su hermano.

—Estad tranquila, replicó el guardian. Yo me valdré oportunamente de ese secreto. Señora, mientras en un momento voy á dar mis disposiciones para marchar, podreis oír la misa que va á celebrarse.

El guardian ordenó que un lego que estaba á la puerta del cuarto trajese un almohadon á la reina para arrojarse, y un misal, y que avisase á un religioso para que dijese misa por el alma de aquel que acababa de morir.

Fuése el lego á cumplir las órdenes del guardian, y la reina quedó un momento sola, penetrada de un religioso horror, delante de aquel cadáver cubierto con la capucha de San Francisco. De repente ve agitarse convulsivo sobre la estera aquel cuerpo, é iba ya á salir la reina, cuando unos gemidos la detuvieron. Evidentemente aquel hombre no habia muerto; podia socorrerle, no habia nadie allí, el deber lo mandaba.

La reina, venciendo su repugnancia, se aproxima, y aquel infeliz pronuncia palabras aun ininteligibles; escucha, coge la mano helada del moribundo....

—Valor, valor, le dijo; yo estoy á vuestro lado.

—Sibila... Sibila... tartamudeó el desgraciado....

—Mi nombre! dijo la reina admirada.

El sonido de la voz acabó de convencerla; descubrió vivamente aquella cabeza, echando atras la capucha, y llena de sorpresa exclamó:

—¡El conde de Palas!

Era el mismo. El pobre jóven habia sido llevado allí muy enfermo: sorprendido por un frio intenso, yendo desde Berga á Barcelona, una aguda fiebre le sobrecojió en el camino, y dos religiosos lo encontraron á punto ya de ser victima del frio. Lo condujeron al convento donde á pesar del renombre de sábios físicos que tenian los religiosos, sus conocimientos eran muy limitados. Al ver los sintomas terribles de la enfermedad del conde de Palas, juzgáronla ser caso desesperado; pasaron la noche entera junto al lecho del enfermo recitando los salmos sin dejarle dormir, contrariando el trabajo secreto de la naturaleza, que á falta del arte, y mucho mejor que él tendia á reanimar la vida en aquel cuerpo lleno de vigor. Empeorado el enfermo, el guardian ordenó que le vistiesen, segun la práctica y el uso de aquel siglo, un hábito de un religioso, y que lo trasportasen á una capilla cerca de la iglesia. Allí, despues de haberle administrado los sacramentos, acostado sobre una estera al lado de dos religiosos que con ardiente celo recitaban oraciones, aguardaban la sentencia de Dios.

La enfermedad procedia de un dolor moral que oprimia, que destrozaba el corazon de este desgraciado amante. El conde de Palas sabia que barlando su vigilancia por medio de unos religiosos, seguia una correspondencia su prisionero con la reina doña Sibila. Creia que esta le amaba, porque no hay peor consejo que los celos. Demasiado apasionado y generoso para venderla y vengarse, trató solo de alejarse del que creia su dichoso rival, y morir.

¡Cuál no fué, pues, su emocion cuando tendido en la capilla del convento invocaba ardientemente la muerte, al oír al guardian del convento nombrar á la reina! Entonces apretó convulsivamente la mano del religioso. Su corazon palpitó al oír la voz dulce y temblorosa de Sibila murmurando su justificacion sin calcular quien la escuchaba.

La reina acababa de descubrir el rostro de Palas y de llamarle en alta voz.

—Sibila, oh Dios mio, mi hermosa reina! dijo el conde con lánguida voz. ¿Es cierto que estoy á vuestro lado?... ¿no es un sueño? ¿habeis dicho que no le amais?

—Lo he dicho y es verdad, respondió la reina, y vos conde estábais moribundo y yo lo ignoraba, os creia al lado de mi esposo.

—Si, ayer salí de Berga enfermo próximo á espirar; mi mal se aumentó en el camino, y me trajeron á este santo asilo; pero ahora ya no quiero morir.

En aquel momento llegaba el lego con el almohadon





y el misal para la reina, y un religioso que debía celebrar la misa.

Por orden de la reina, trasladaron al enfermo á una cama y á un cuarto abrigado del convento. El guardian volvió ya dispuesto á cumplir su comision y marchar al encuentro del rey. Viendo al conde vivo, le ordenó una pocion calmante, y ordenó que le dejasen en la mas completa tranquilidad, hizo salir á todos del cuarto excepto á la reina, que permaneció silenciosa sentada á la cabecera de la cama. El guardian trajo la medicina, pero Palas se hallaba demasiado débil para poder sentarse sobre el lecho. Fué preciso que Sibila le sostuviese mientras el guardian llegaba la medicina á los labios del enfermo. El enfermo la tomó y se sonrió.

—¡Ah! estoy mejor, murmuró el conde, y á vos, señora, á vos sola lo debo.

—¡Basta, conde! ¿no es verdad, padre, que no debe de hablar?

El guardian los observaba con viva curiosidad.

—Si señora, respondió, pero no es necesario ya que os molesteis en mantenerle en esa postura.

—Es verdad, replicó Sibila ruborizada y confusa al ver que aun tenia al conde apretado contra su pecho apoyada la cabeza sobre su espalda tan blanca como el armiño con que la tenia medio cubierta. Colocó al conde en su primera posicion y continuó: Juzgad, padre, cual ha debido ser mi sorpresa al encontrar aquí al conde!...

—No tenéis necesidad de justificaros, señora.

—No me justifico, contestó con toda la altivez de una reina, Sibila, os cuento lo que he sentido.

Y al mismo tiempo el carmin mas vivo coloró sus mejillas y parecia turbada. Dios sabia por qué!

—Voy señora, dijo el guardian confesor de Pedro IV, á cumplir vuestra mision. Sé por el religioso que os ha traído las cartas de don Jaime que desea vivamente su libertad, y que ama á una de las princesas de Navarra, y el religioso que ha traído estas cartas es el confesor de don Jaime. Ved si estaré persuadido de vuestra inocencia.

Estremecióse el conde de Palas al oir estas palabras. Un rayo de alegría brilló en sus apagados ojos, y la apasionada mirada que fijó sobre Sibila, cuya turbacion era notable, acabó de convencer al guardian del sentimiento secreto de sus corazones.

—Voy, dijo el guardian; el conde creo que estará muy pronto bueno y él se encargará de convencer al rey del funesto error en que estaba.

—Me obligo á ello, contestó el conde, sin notar la ironia que encerraban estas palabras.

El guardian tomó una mula y marchó á buscar á Pedro IV, aquel hombre de temple de acero sobre el que ejercia un poderoso ascendiente, porque en aquella época, al través de los mas grandes crímenes, se veia el fanatismo mas grande en los reyes y en los señores.

El guardian cumplió religiosamente su comision; y como hombre entendido, y con el grande ascendiente que tenia sobre el corazon del rey, dejó á éste plenamente persuadido, y con una alegría cual no esperaba el anciano monarca, despues de las terribles penas que habia sufrido su celoso corazon. Supo por el guardian la enfermedad del conde de Palas; y antes de entrar en Barcelona se detuvo en el convento donde se hallaba el conde, débil aun de resultas de su enfermedad, empero bastante restablecido para poderle ya seguir.

A caballo al lado del rey, supo de boca de este el descubrimiento que acababa de hacer de la inocencia de Sibila, y el género de sus relaciones secretas con el infante don Jaime, á quien el rey habia inmediatamente mandado devolver la libertad bajo juramento de no

volver á tomar parte ninguna contra él en las contiendas civiles, consintiendo en su matrimonio con una princesa de Navarra, y constituyéndose en mediador de este enlace, á cuyo objeto iba á enviar un negociador con las instrucciones necesarias.

El conde de Palas suplicó al rey que le concediese esta mision.

—¿Quieres aun abandonarme, conde?

—Es preciso, señor, contestó Palas para mi felicidad y la de V. A.

—Mi felicidad, contestó el rey, es tener á mi lado todo lo que amo; y despues de mi hijo y de mi muger eres tú en quien reposan todas mis afecciones. Quédate al lado de tu anciano amigo, de tu verdadero padre, y no me abandones.

—Grande esfuerzo me cuesta, señor, pero no me rehuse V. A. la gracia que le pido.

—Lo veo; tienes mas ambicion que reconocimiento y amor hacia mí.

—No lo creais, señor; pero la causa del doloroso destierro que quiero imponerme es muy natural. Pensad que en vuestros últimos disgustos con la reina doña Sibila, yo he participado del error que os atormentaba; yo he creído en su amor con el infante don Jaime, y he osado hasta hablar á la reina de ello....

—Y temes su resentimiento....

—Temo volverla á ver, señor; me ha mandado que no me presente mas ante sus ojos.

—Si no es mas que eso, conde, déjalo á mi cargo; yo os haré hacer las paces. En fin, quiero que te quedes en mi corte, lo mando; no hablemos mas de eso.

El rey se aproximaba á Barcelona, de donde habia salido para recibirle una multitud inmensa. A la cabeza de esta multitud vió con gran sorpresa á la reina montada en una hacanea blanca, y el principe don Carlos á su lado. El rey apenas los vió, mandó detener su escolta, lanzó su caballo al galope, y voló solo á su encuentro.

Despues de muchos años esta era la primera vez que la reina daba un testimonio público de su afeccion á su marido, quien correspondió con los mas vivos trasportes de alegría, no siéndole posible reprimirlos delante de todo el pueblo, que saludaba con las mayores aclamaciones á sus soberanos.

El principe don Carlos, al ver á su amigo Palas en la comitiva del rey, marchó á darle un abrazo, manifestando á su padre cuanto sentia que la reina no le hubiera querido llevar consigo á visitar á su noble y buen amigo, mientras permaneció enfermo en aquel solitario convento.

El nombre de Palas recordó al rey la conversacion que en el camino habia tenido con éste, y aprovechó aquella primera ocasion para obtener el perdon del enojo que suponía tener la reina por la parte que aquel habia tomado en sus querellas.

—No hablemos mas de lo pasado, respondió la reina; yo perdono al conde de Palas, pues que lo quereis; pero tengo que pedir os una gracia.

—Concedida, Sibila, dijo el rey; mandad, y aunque me pidais la vida estoy dispuesto á sacrificáros la gracia y dulzura con que la pedis. ¿Qué quereis?

—Que el conde de Palas no vuelva á presentarse jamás ante mi vista.

—Señora, dijo el rey dando un triste suspiro; os he concedido de antemano lo que me habeis pedido, mas ¿por qué os obstinais en turbar mis placeres con vuestro odio y repugnancia reciproca cuando empezaba ahora mismo á ser feliz? ¿Por qué ahorréis á ese joven tan amable, tan hermoso, y tan bueno? Su vista, que os es odiosa, encanta la mia; vuestra presencia, que es-tasia mi alma, es insoportable á él; él me insta, me apremia, como vos me instais y me apremiais, con el



mayor ardor á alejarse de aquí, y quiere que yo le envíe á Navarra de embajador...

—Y yo también os lo suplico, señor, dijo la reina; pero no es por odio, os lo aseguro.

—Se lo diré, Sibila...

—No, no; no le repitais esas palabras que son solo para vos; dejadle creer en mi odio; ¿qué me importa? Que marche, y no le vuelva yo á ver. ¿No tenemos otros motivos de disgustos?...

—¿Tú disgustos, amor mio? Confíame tus penas.

—No, Pedro; del cielo solo aguardo el consuelo de mis males; el tiempo hará mas que la ciencia de los médicos, y tal vez recobraré la tranquilidad de mi espíritu. Que el conde marche, y prohibid á mi hijo que me esté hablando sin cesar de él.

—Sereis complacida, Sibila; mandaré á mi hijo, y obedecerá; todo esto es muy extraño, me aflige mucho pero lo queréis, Sibila, y basta; vuestras órdenes serán puntualmente cumplidas.

En efecto; antes de terminarse aquel día, el conde de Palas, triste y meditabundo, traspasado el corazón

de dolor, se dirigia á la corte de Pamplona, mientras que el corazón de Sibila, no menos herido, experimentaba con aquella ausencia el consuelo de verse libre del terrible peso que la oprimía.

Después del encuentro imprevisto en el convento, Sibila habia conocido que el conde de Palas no podía vivir bajo el mismo techo que ella, sin verse espuestos á temblar á cada momento á que el secreto de su culpable amor no lo descubriese la penetrante mirada de Pedro IV de Aragón.

La desgraciada Sibila, no tenia ahora mas que soportar su propio infortunio, y se sentia con fuerza para resignarse á su desgracia. Muger honrada, habia separado la ocasion, y luchado por no caer en el abismo á que la arrastraba su pasión. Reconcentrada en si misma, gustaba aunque no sin remordimiento, del único consuelo que les es dado á un amante ausente, el de pensar continuamente en el objeto de su pasión.

(Se continuará.)

EL CONDE DE FABRAQUE.

## ESTUDIOS DE VIAGES.

### HARROW-ON-THE HILL.

Middlesex, condado de Inglaterra, limita al Norte por el de Hartford, al Sud, por el Tamesis, quien le separa del Surreyshire, al O. por el condado de Buckingham, y al Este por el de Essex. Su superficie es de 326 leguas cuadradas, y su población de 1.343.604 habitantes, comprendiendo en este número la de Londres, que es su capital.

Después de estas indicaciones puramente geográficas, añadiremos que á este condado pertenece la pequeña ciudad de Harrow, que debe la celebridad de que goza hace mucho tiempo, á la escuela fundada á fines del siglo XVI, y en la cual tantos hombres distinguidos por sus talentos, han pasado sus primeros años. Pero antes de la existencia de este establecimiento Harrow no era un lugar desconocido: los arzobispos de Cantorbery tenían allí algunas veces su residencia. Tomás Becket (1) se trasladó á este parage, cuando en 1170 recibió la orden que le prohibía parecer en Woodstock, donde iba para hacer homenaje al joven Enrique Plantagenet, al cual su padre acababa de asociar al trono. No se sabe á punto fijo cual era el sitio que ocupaba esta residencia de los arzobispos, pero es lo cierto que Winchelsea la habitaba todavía en 1300.

La aldea está edificada sobre una colina (*hill*) que domina un valle espacioso y fértil. Los movimientos del terreno son bastante notables; la campiña desaparece en el centro, y aparece en las dos estremidades por dos eminencias de una altura considerable, una atraviesa por el camino de Londres, que no está mas que á diez millas de Harrow; la que se halla mas al

Norte coronada por la iglesia. El campanario, situado sobre una torre bastante elevada y cuya punta parece perderse en las nubes, se distingue á una gran distancia.

Los puntos de vista que ofrece la colina son admirables, especialmente cuando el sol los alumbra. Hacia el Norte, las alturas de Hanmore, de ricas masas de árboles y de pintorescas sinuosidades, presentan todavía una agradable variedad sobre el paisaje. En las otras direcciones, la vista se estiende á lo lejos; se distingue el castillo de Windsor, y una parte del Berkshire y del Buckinghamshire. El aspecto de Londres limita el horizonte al Este.

La principal iglesia de Harrow, tan notable por su posición elevada, merece ser examinada en particular; allí se encuentran los restos de un edificio de igual género edificado en el mismo parage, bajo el reinado de Guillermo el Conquistador, por Lanfranc, (1) arzobispo de Cantorbery; entre otras cosas, se nota igualmente la columnata circular que separa la nave de las otras laterales: es probable que la nueva iglesia fuese construida á fines del siglo XIV: la bóveda de la nave es de madera, y se notan en ella figuras esculpidas de una grande belleza.

Entre los sepulcros que contiene la iglesia, ninguno inspira mas interés que el de Jhon Lyon, fundador de la escuela. Su epitafio, sencillo, pero bastante significativo termina en estas palabras.

ROGUEMOS A LA ETERNA FUENTE DE TODA BONDAD NOS CONCEDA SEGUIR EL EJEMPLO DE ESTE HOMBRE DE BIEN.

Aquel al cual debe la Inglaterra una de sus mejores escuelas, era un rico cultivador, que ya habia gas-

(1) Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery, se elevó desde un humilde rango, á la elevada categoría de favorito y ministro de Enrique II, rey de Inglaterra, quien le prometió la silla de Cantorbery.

Tomás Becket, quiso defender contra la autoridad real las prerrogativas de su iglesia, y pereció asesinado en 1170 por los mismos servidores del rey, el cual después hizo penitencia sobre su mismo sepulcro. Tomás Becket fué canonizado. WARRAN TO AL

(1) Lanfranc, hijode un consejero del senado de Pavia, pasó á Francia después de la muerte de su padre y se hizo religioso en la abadía del Bec, de la cual llegó á ser prior. Se declaró enérgicamente contra la heregia de Beranger (1050), y vino á ser arzobispo de Cantorbery en 1070. Reformó las costumbres del clero, fundó hospitales y monasterios y murió en 1089. Compuso un *Tratado del cuerpo y de la sangre de Jesucristo*; *Comentarios sobre San Pablo*, y *notas acerca de Cassien*.





VISTA DE LA VILLA Y DEL COLEGIO DE HARROW.

ado sumas considerables para la instruccion de los niños pobres; fundó el colegio de Harrow en 1571, y levantó las estatuas dos años antes de su muerte, que ocur-

rió en 1592. Se conserva un escrito suyo muy detallado referente á la manera con que queria disponer de sus bienes, enteramente destinados á obras de beneficencia.



VISTA DE LA IGLESIA DE HARROW.



El manejo de sus riquezas fué confiado á seis gerentes, y cuando murió uno de ellos, los otros cinco nombraron un sucesor al difunto. Estas rentas que no han sido aumentadas por ningún donativo, se elevan hoy á una suma considerable; pero desgraciadamente para la fundación, los bienes cuyo valor ha tomado el mayor acrecentamiento, han sido destinados para cubrir otras atenciones mas preferentes.

Los reglamentos que rigen el interior de la escuela,

legados por Mr. Lyon, son exactos y bien meditados; especifican los diferentes géneros de corrección, así como las diversiones y recreos concedidos á los discípulos, el ejercicio del arco forma parte de estos entretenidos desahogos. Todos los años se celebraba un concurso, y la última flecha de plata se ganó en 1771. Este uso no existe ya, el cual se ha sustituido con celebracion de sesiones públicas donde los discípulos pronuncian muy buenos discursos.

## COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

### UN AÑO EN MADRID.

#### NOVIEMBRE.

#### I.

¿Qué significa el lúgubre tañido de esas campanas que conmueve la tranquila atmósfera del otoño? ¿Lloran los campos sus perdidas galas, avisándonos para los funerales de la vegetación? ¿Es el día 1.º del penúltimo mes del año, la planifera alquilada por sus antecesores para llorar el tiempo perdido? ¿Serán tan sordos los amigos del difunto, que no acudan prontamente al llamamiento pertinaz de ese incesante clamoreo? Pocas simpatías tuvo en este mundo el alma que ha pasado al otro, cuando tantos avisos necesitan los fieles para rogar á Dios por su alma. Al ver lo que tardan en dar sepultura al cadáver, cualquiera diría que había fallecido la *avaricia* ó la *calumnia*. No parece sino que ha dejado de existir la *buena fé* ó la *caridad* puesto que no se halla quien vierta una lagrima sobre esa tumba.

El eco funeral de las campanas, que se mece constantemente en el aire, renovándose con melancólico compás, como las olas que rugen embravecidas hasta perderse silenciosas en la llanura, nos obliga á preguntar con el insolente don Felix de Montemar: ¿*¿quién llevan á enterrar?*

—A vuestros abuelos... á vuestros padres... á vuestros hijos... á vosotros mismos, nos dice una voz misteriosa... y las campanas siguen doblando á muerto.

Cien lacayos vestidos de gala y cargados de cirios mortuorios, marchan con paso perezoso y tardo hácia el cementerio... Es excesivo el número de los herederos para que sea verdad que se trata de nuestro entierro... la voz nos ha engañado... Sigamos esa inmensa concurrencia y lleguemos con ella á las puertas del Campo Santo... Todos llevan la risa en los labios y el luto en la ropa... Ellos son los parientes del difunto. La voz nos ha engañado, repetimos; no somos nosotros la víctima propiciatoria de este entierro.

Las gentes devoran con apetito las meriendas que llevan á prevención y se atropellan por entrar en el cementerio. Entremos con ellos, aunque no los imitemos en lo de saltar y dar aullidos en derredor de los sepulcros que van á profanar con los desperdicios de sus manjares.

Averiguemos primero quien es el difunto. El vivo que guarda con llaves y cerrojos á los que aquí yacen nos sacará de dudas.

—¿Sabrá vd. decirnos quien ha muerto? Debió de ser

persona muy principal, cuando tanta gente acude al entierro.

—Hoy no muere nadie, ó mejor dicho hoy no se entierra á nadie, nos respondió el carcelero, sacudiendo el manajo de llaves que tenía en la diestra; hoy celebra la iglesia la *commemoracion de los fieles difuntos*, y vienen todos los fieles vivos, á llorar sobre la tumba de sus parientes y de sus amigos, y á pedir á Dios por todos los hijos de la cristiandad.

—¿Quién no tiene una persona querida, á quien llorar difunta!... exclamó una señora, comiendo un dulce en el primer patio del cementerio.

Nosotros hubiéramos querido ahorrar con nuestra vida aquel sarcasmo á los que nada piden al pueblo, que con insolente curiosidad acude en bulliciosa romería á turbar el silencio de los sepulcros.

Dimos un paso para huir de aquella profanada mansión; pero luego decidimos quedarnos á ver si la gente emudecía y temblaba á la vista de aquellos elocuentes y terribles epitafios.

Nos engañó el deseo... Leyendo y comentando con risa burlona las inscripciones de las sepulturas visitaron todos los rincones del cementerio. La excesiva concurrencia, hizo que no pudiésemos girar á nuestro alrededor, y no pudimos librarnos de oír las siguientes frases.

—Mira chica, aquí está la sepultura de aquella presumida que iba al Prado... Tiene palma, y murió á los cincuenta y pico!

—Oyes, que lujo tiene el sepulcro del marqués de... Mejor hubiera hecho la marquesa en pagar las deudas que ha dejado. Pero con este boato ha logrado atrapar al que hoy es su esposo. Muchas lágrimas...! y se ha vuelto á casar antes del año de estar viuda.

—Calla, también está aquí don N...! por eso hace tanto tiempo que no le encuentro en ninguna sociedad. Pobrecillo...

—Allá nos espere muchos años.

—¿Sabes que no encuentro el sepulcro de tu vecina! y tengo curiosidad de ver la lápida para saber la edad que tenía... lo menos se quitaba doce años.

—¿Quieres que te diga quien es este *modelo de esposos y buen padre de familias*?... pues es aquel señor de quien me has oído hablar tantas veces que se separó de su mujer á los tres años de casado.

—¿Quién sería este tonto, que se ha contentado con poner sobre el sepulcro su nombre como si fuera tan conocido como Napoleón?

Abriéndonos paso por entre la multitud, para no seguir oyendo aquellas implacables necrologías, buscamos la salida del cementerio. Mientras lográbamos respirar al aire libre, oímos los siguientes comentarios estadísticos:



—Mucha gente ha muerto este año.... es preciso cuidarse.

—He observado que la muerte ha cargado la mano en las mujeres....

—Es el género que mas abunda, y aun no hay escasez de ellas.

—Pero hombre, lo que me ha llamado la atención particularmente, es el número de niños que han fallecido....! Ha sido una mortandad horrorosa.

—La generación futura tendrá menos empleados que la nuestra.

Por fin salimos al campo; en el camino oímos otros tantos sufragios como los anteriores y al entrar en la población, las campanas seguían doblando á muerto.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y las gentes que se habían disputado la entrada en los cementerios se agolpaban á las puertas de las *buñolerías*. Los lacayos que habíamos visto cargados de cera para quemarla delante de los sepulcros de sus amos, corrían cargados de bateas de dulces y fuentes de buñuelos, á servir el ambigü á los amos vivos, huérfanos de los difuntos del cementerio.

Entramos en nuestra habitación, creyendo que había sido un sueño lo que acabábamos de ver, y nos hallamos con la siguiente esquila de convite.

«Hoy no hay teatro con motivo de la solemnidad del día. La señora viuda de.... espera que tenga vd. la bondad de acompañarla esta noche á comer los *con-sabidos buñuelos*, propios de la solemnidad del día.—  
«A las diez; trage de sério.»

Nuestra primera resolución fué de no asistir al concierto, pero llegó la hora y el deseo de averiguar si era cierto lo que había ocurrido durante el día, ó lo que se nos anunciaba para la noche, nos llevó á la casa del festín.

Acudimos algo tarde y ya estaba la sala llena de convidados, aplaudiendo el talento de una de las señoritas de la casa que con el mayor desembarazo acababa de cantar al piano unas canciones andaluzas. Siguiéron después otras piezas de música; bailaron los jóvenes un rato, y á la una de la madrugada pasamos á la pieza del ambigü. La mesa estaba cubierta de exquisitos manjares, y en el centro descollaba una enorme fuente de buñuelos. Todos los convidados soltaron una estrepitosa carcajada al ver aquel incitativo compañero del aguardiente, y la señora de la casa exclamó:

—Amigos, es preciso; hoy es día de comer buñuelos.

—Es claro, gritaban á la vez muchos de los convidados esto es muy *gráfico*.... Costumbre inveterada de nuestros mayores....

De los mayores, por cuya memoria se suspendían los espectáculos públicos, y cuyos sepulcros habían visitado horas antes de sentarse á cenar!

La viuda hizo los honores de la casa mortuoria con amabilidad y alegría, y cuando nos retiramos de la fiesta eran las cuatro de la madrugada.

Las campanas de las iglesias volvían á tocar á muerto....

El lector nos dispensará que no le digamos mas del día de los difuntos y de los buñuelos.... Las reflexiones que nos ocurrieron en aquel momento las escribimos en papel separado por creerlas impropias de este artículo, que dejamos por hoy en suspenso. Para seguir la cronica de este mes necesitamos que pasen algunos días y formar artículo separado.

## II.

Catorce días han trascurrido desde que arrojamus la pluma, y en ellos afortunadamente nada ha sucedido que nos obligase á cogerla de nuevo. Dificil nos hu-

biera sido hacerlo bajo la terrible impresion que nos causó la revista del primer día del presente mes. Hemos necesitado que entre estos dos artículos se haya interpuesto ese gran espacio, para poder continuar la crónica de este mes, partidos en dos mitades siguiendo la moda de este siglo de las segundas partes, en que apenas hay cosa, que no se divida y subdivida hasta soltar el último átomo del último quilate de la quinta esencia. Y esto de la quinta esencia, ahora que me acuerdo, debió de inventarse en la infancia de la química, porque ya hoy sacamos á los cuerpos mas simples no ya la quinta esencia, sino la millonésima parte del millonésimo quinto átomo de la millonésima quinta esencia. Digámo sino los médicos homeópatas, ó mejor aun sus enfermos que lo sabrán muy bien, á pesar suyo quizás.

Y después de todo esto, querido lector, te aconsejo que no quieras sacar la quinta esencia, de lo que llevo dicho, porque te quedarás punto menos que si la medicina Hahnemannianna, te administrase un átomo indivisible de sus imperceptibles glóbulos. No esprimas las líneas pasadas, y consuélate con las que voy á escribir si quiere Dios que acierte con la manera de terminar las presentes. Me hallo tan embrollado con esta segunda parte, que tal vez suceda que no acierte á escribirla, y entonces, haré á tus ojos la triste figura.

Pero tate, lector amigo, que esa última palabra me ha dado la manera de salir del compromiso, y me conduce triunfante al monte del Pardo, teatro, hoy 15 de noviembre, de nuestras tareas. Acordándome del caballero de la *Triste figura*, he cogido un puño de bellotas, que si al buen don Quijote le sirvieron para improvisar un discurso sobre el siglo de oro, á mi me han inspirado las siguientes líneas:

Es el caso, lector, que si cuando la iglesia celebra la conmemoracion de los fieles difuntos, comen los fieles vivos, buñuelos, hoy que celebra la festividad de San Eugenio arzobispo de Toledo, los que en Madrid vivimos á comer bellotas estamos obligados; y he aquí porque sin pensarlo ni saberlo puse yo el dedo en la llaga, al llenarme la mano del *suculento* fruto de la encina.

Supongo que tú no querrás ni la esplicacion botánica del árbol, ni la del fruto, ni mucho menos la del origen de esa costumbre; cosas todas que á la costumbre misma, sé yo que no la importa un ardite averiguarlas. Te contentaras con saber algo del festín de las bellotas, como parte integrante de estos artículos, que yo he tenido la paciencia de irte escribiendo, sin pararme nunca á averiguar si tú has tenido la virtud de seguirlos leyendo; y cosa es esta que muchas veces he estado á punto de preguntarte, y que ahora no me estorbaria saber sino temiera un desengaño. Por otra parte sospecho que estoy demasiado hablador y que si por casualidad me estuvieres oyendo tendrías razon para llamarme al orden y decirme:

—Al grano, al grano.

Pero como el grano es hoy la *bellota*, y la bellota es una fruta con cascara, resulta que antes de comerla es preciso mondarla. Yo bien sé que estos preliminares te serán enfadosos, pero no está en mi mano aborrate esa molestia, y mayor es la mia que para poder mondar el fruto tengo precision de ir á cogerlo al árbol. Verdad es que no estoy solo en esa operacion y que mal de muchos, consuelo de todos, pero si no fuera por tí, no me veria yo en el caso de ser uno de tantos como hoy acuden al real sitio del Pardo, á celebrar la fiesta de San Eugenio.

Alquilados desde la víspera todos los carruages de Madrid, véome obligado á hacer á pie la romería, para comer á dos leguas de la corte una docena de bellotas, y traer otras tantas, en testimonio de ser un madrileño leal á las costumbres de sus antepasados. El carni-



cero que me nutre, ó que pretende hacerlo, y no es lo mismo; su compadre el fresquero, que me gasta en vinagre mas de lo que valen sus pescados podridos; el zapatero, que se encarga de cultivar mis callos; el sastre que me prensa; la moza que me almidona; la cigarra que convierte en humo mis monedas; la criada que yo mantengo á nombre de mis enemigos, y otros tantos y tantas como componen el pueblo que llamamos bajo, los que creemos hallarnos en las alturas, todos llegan al monte del Pardo despues de haberme arrojado á la cara el polvo de sus carruages. Yo llego allí rendido de andar, cuando ellos lo están de haber bailado. Suena la hora de la bellota, y cada cual sacude una encina, recogiendo con ansia el sabroso maná que cae de los arboles, y cuyos desperdicios tiene subastados á su favor el animal de cuya carne vivimos, y que por decoro jamás nombramos. Parece imposible que la Academia de la lengua no se haya ocupado de variar el nombre al autor del tocino, puesto que el buen gusto ha tenido la estravagancia de proscribir el que hoy tiene. Quizás han tenido los académicos pensamiento de hacerlo, pero ninguno se habrá atrevido á indicarlo, por no dejar de ser persona pulcra y comedida.

Recogido el fruto que ha de servir de postre, se reúnen las familias, y se cubre el monte de comidas y meriendas. Las menestralas de rumbo cubierto el cuello de piedras, y llenas de oro las manos, arrojan los ricos

pañuelos de Manila sobre la verde yerba, ó los atan despiadadamente á la espalda, haciendo un nudo con las dos puntas, que cada una vale dos mil reales. Las costosas mantillas de terciopelo, sirven de asiento á sus esposos, y las finisimas capas de estos, son las alfombras en que ellas pisan. El lujo de las comidas no consiste en el servicio de la mesa, sino en la abundancia y el valor de los manjares.

Terminado el banquete, álzanse los manteles, pero no se recogen las provisiones que sobraron, y los pobres son invitados para disfrutar de aquel botín. Vuelven á bailar hasta que el sol les avisa que se va con la linterna á otra parte; á cuya hora se acomodan en los carruages, y vienen haciendo apuestas de celeridad, á fuerza de dar propinas á los caleseros, á parar á la puerta de un café, donde termina la broma, si no hay baile y cena dispuestos en casa de alguno de los concurrentes.

Así acaba la famosa romería de San Eugenio, y con ella los acontecimientos notables del penúltimo mes del año. El día 30 es la fiesta de San Andrés apóstol; pero esto bien mirado, solo puede interesar á los que como yo, tienen un amigo de ese nombre. Los demas se cruzan de brazos, se arriman al fuego y desafían desde el hogar los rigores del próximo diciembre.

ANTONIO FLORES.

